



*Sentimientos sin
sombra*

Indiyra Mendoza

ISBN: 978-99926-52-68-8



Portada: TOSTY HN

Contenido

Lourdes, Lourdes	5
¡Un amor platónico hecho realidad!	31
Clío	35
Mis tres grandes amores	64
Nunca es tarde	89
La amo	93

La autora se propuso romper las barreras y prejuicios de la sociedad valorando los sentimientos y las emociones femeninas desde una perspectiva no convencional.

Sentimientos sin sombra, nos presenta historias con abundantes emociones que encierran derroches de pasión, amor, amistad, fraternidad, pero sobre todo respeto.

Lourdes, Lourdes

CAPÍTULO I

El desorden de cátedra

Tengo que ir a dar cátedra. ¿Quiere entrar, o se va a la cafetería?
– preguntó Katia.

No. Mejor voy a entrar a la clase de Sociología, así no la presiono
– le contesté.

–Bueno, nos vemos en la cafetería cuando termine.

–OK.

Entré a la clase de Sociología como una estudiante cualquiera; entré el licenciado Peña, un maestro veterano de por lo menos 67 años de edad y luchador de grandes batallas, pero ortodoxo en sus enseñanzas.

–Actualmente estamos viviendo los peores ejemplos de lo que una sociedad puede llegar a ser, a través del anarquismo y la falta de autoridad moral – discernía el catedrático –. Actualmente tenemos que decirles a nuestros jóvenes que la familia es la base de la sociedad. Pero no tenemos familias; la entidad del matrimonio ya no funciona. Existen en nuestros días más índices de divorcios que en cualquier otra época, hasta la Iglesia ya tiene juzgados especializados en derecho canónico para tramitar divorcios eclesiásticos – continuaba la cátedra –.

Miren cómo está la humanidad, que los homosexuales nos han heredado una de las peores pestes de los últimos cien años.

¡Usted sabe que eso no es cierto! – interrumpí abruptamente la clase –.

¿Cómo es posible que se atreva a decir esa falacia?! – Insistí.

En ese momento la clase se puso tensa. Algunos alumnos ni se inmutaron, pero otros no podían creer que le estaba hablando de esa manera al zar de la sociología.

–¿Usted quién es para refutar me en mi clase? – preguntó.

–¡Eso qué importa!, ¡lo que sí importa aquí, es que usted no puede venir a educar a estos alumnos con ideas homofóbicas y prejuicios!.

–Cuando usted nació yo ya daba clases, y nadie me refuta en mi clase.

–Siempre hay una primera vez, profesor. Tendrá 29 años de dar clases, pero son tres años de experiencias y veintiséis repetitivos. Así que le aconsejo que se actualice, pida un año sabático o simplemente se retire. Usted tiene más paradigmas que Matusalén – le dije.

Toda la clase estaba en silencio. El licenciado Peña no podía contener la rabia por la interrupción y mi supuesta insolencia.

–Mire señorita, o se sale de mi clase o me voy yo – amenazó.

–Nunca voy a permitir que se enseñe a odiar e irrespetar la vida, ya sea sexual o de creencias; por si no se ha dado cuenta ya no existen países subdesarrollados, siempre existe tecnología, libros, personas educadas en cualquier lugar.

Y ustedes que se hacen llamar “alumnos”, una universidad no es una escuelita alegre; refuten, cuestionen, lean, aprendan. No siempre las personas que se paran frente a ustedes tienen toda la verdad – dije con cólera y frustración a los alumnos.

En ese momento, el licenciado salió de la clase vociferando. Yo también salí. Necesitaba un cigarro y pensé: “Vale más que cuando era estudiante no me tocó un catedrático así”.

Me dirigí a la cafetería a esperar a Katia. Saqué un cigarrillo, y entre cólera y pasión, lo disfruté.

–¡Hola! ¿Cómo le fue? – Preguntó Katia.

–¡Súper bien! De hecho, me la pasé de maravilla con ese maestro.

–Voy a la sala de maestros a dejar el dinero del bingo. ¿Quiere ir, o me espera?.

–Mejor la espero – le dije .

Katia es una amiga de infancia y no nos hemos alejado mucho en la vida, solo que ahora se gana la vida como catedrática de Filosofía y yo, voy a presentar el examen para optar a la abogacía dentro de dos semanas.

Mi nombre es Cora Madrid, estudié Derecho en la universidad del Estado; tengo treinta y seis años; después de ejercer la carrera por trece años estoy preparándome para tomar el examen de abogacía. Me gustan los deportes por televisión y todo lo que se relacione al mejor invento del siglo XX – la televisión.

Terminé una relación que duró casi tres años. ¿La causa? ¿Quién sabe!, trabajo, falta de trabajo, familia, falta de familia, aburrimiento, monotonía, una tercera persona, falta de intereses comunes, absorción. Cuando una relación se termina, las causas por lo general se justifican por la emoción de los momentos.

Terminé de fumar y saqué un libro de Stephen King, “El Lado Oscuro”, que la verdad prefiero ver la historia por televisión que leer.

Quince minutos más tarde, Katia apareció.

–¿Ya estamos listas? – pregunté.

–Sí, ya nos podemos ir.

Cuando nos dirigíamos al parqueo, Katia se encontró con su jefa, la licenciada Lourdes Pacheco; una mujer que se veía muy interesante: delgada, ojos color miel, pelo castaño, de buen porte y vestir, olía sabroso, de mediana edad pero muy bien cuidada.

–¡Licenciada Lourdes!, le acabo de llevar el dinero de los boletos para el bingo. Se lo dejé con la Rosita.

–¡Gracias! ¿Y cuántos alumnos van a ir?

–Todos me compraron.

–¿No los obligó?

–¡¿Cómo va creer eso?!, solo los motivé. No pregunte cómo; usted solo consiga fondos para el teatro de la escuela.

Lo siento, le presento a una buena amiga, Cora. Ella es mi jefa, la licenciada Lourdes Pacheco y ella es la licenciada y futura abogada,

Cora Madrid.

–¡Mucho gusto!

–¡El gusto es mío!

–¡Futura abogada! – dijo con admiración.

–Eso espero.

–¿Y ustedes van a ir al bingo? – dijo la licenciada Lourdes.

–¡Si me invitan!

–Disculpe la curiosidad, ¿ese libro es de Stephen King? – Preguntó la licenciada Lourdes.

–¡Sí! Se llama “El Lado Oscuro”. ¿A usted le gusta como él escribe?

–¡Me encanta!, es mi escritor preferido a decir verdad.

–¿Ya leyó éste?

–No.

–Cuando lo termine, se lo presto.

–¿Cuáles más ha leído? – le pregunté.

–Cementerio de mascotas, The Stand, The Shining y Misery.

–Yo solo éste. La verdad es que prefiero verlo por película.

–¿Y las tiene? – preguntó Lourdes–, porque es bueno coleccionarlas.

–¡Sí! tengo The Stand, Cementerio de mascotas y no sé si ya leyó o vio The Tommyknockers.

–¡No! – contestó.

–Se trata de una enfermera y un ente diabólico. Usted sabe, a lo Stephen King, cuando quiera la podemos ver.

–¡Es un trato! Nos ponemos de acuerdo con Katia y espero verlas en el bingo – se despidió.

–No se preocupe, allí estaremos – le contesté.

–¡Coqueta! – dijo Katia–. ¿Desde cuándo le gusta Stephen King?

–Desde hoy.

–Pues parece que se ha visto todo de él.

–La verdad es que si he visto dos o tres de sus películas es mucho, pero acabo de leer las obras publicadas por él, en el libro cuando la estaba esperando en la cafetería.

–O sea que no tiene las películas – dijo en son de burla.

–No. Pero no significa que no las pueda conseguir – contesté.

Hábleme de su jefa, ¿está soltera?, ¿sin compromiso? ¿con ganas de tener una experiencia inolvidable?

–Usted no se compone Cora, y creo que mi jefa no es un tema para discutir.

–No sea así, usted sabe que solo es curiosidad.

–¡Así se empieza!, pero de todos modos no creo que le salga nada. Es la mujer más seria que conozco. Tiene veintiséis años de trabajar en la universidad; es la jefa de la carrera de Filosofía. Tiene como cincuenta años, es tachada a la antigua, no va a reuniones, nunca la he visto sociabilizando, solo para las obras de teatro; ella es la encargada del teatro de la universidad, tiene una hija que es farmacéutica y vive con ella. Es todo lo que sé, y ahorita que me acabo de enterar que le gusta Stephen King.

Nos despedimos y quedamos de vernos el viernes a las 6:30 p.m. para ir al bingo. Sabía que mi prioridad en estas dos semanas tenía que ser mi examen. Pero ya que la vida me la estaba poniendo enfrente, no podía obviarla; aunque no le iba a prestar mucha atención.

Al llegar a la oficina, me encontré en el parqueo con Juan Carlos, el practicante de turno en el bufete.

–¡Buenas tardes, licenciada Madrid!

–¡Buenas tardes, Juan Carlos!

–¿Le ayudo con sus cosas? – preguntó.

–¡Muy amable!

Juan Carlos, usted me comentó que su cuñado es dueño de una renta de videos.

–Sí licenciada, es dueño de “Mejores Videos”. Si necesita alguna película, solo dígame.

–La verdad es que sí necesito de muchas. ¿Tendrá su cuñado algo de Stephen King?

–Lo más seguro que sí. Sino, lo consigue con otras de la asociación.

–Le voy a dar una misión Juan Carlos. Para dentro de veinte días necesito todo lo que pueda conseguirme de Stephen King; ya sea en VHS, DVD o quemado para computadora en español o inglés. ¿Cree que pueda conseguirlos?

–Esa es mi misión. No se preocupe, por lo menos una va a tener para ese día.

–Confío en usted.

Al entrar al bufete, cada cual se dirigió a su oficina.

El bingo

A las seis de la tarde pasé por Katia para ir al bingo. Llevaba varias cosas como monedas de dos centavos, chapas, canicas y cosas de esas porque se acostumbra pedir las en los bingos para ganarse premios, porque esperanzarme a gritar “¡Bingo!”, estaba muy difícil.

–Definitivamente no tengo mucho tiempo para divertirme antes del examen – le comenté a Katia –, pero para ver a la licenciada Lourdes, no me importa desvelarme más de lo planeado.

–No se preocupe, no vamos a estar más de dos horas porque yo tengo una cita a las 9:30.

–¡¿Cita?!

–Sí. No se vaya a poner celosa.

–Depende, si es con la licenciada Lourdes, la secuestraría para que no fuera, pero con alguien más, me arriesgo.

–Es con Martín Flores, el de logística de la Comisaría.

–Ese tipo no me dio buena espina.

–A usted nadie le da buena espina.

–Es cierto, las prefiero solteras.

–Bueno, nos vamos a las nueve en punto después de ver a Lourdes.

–¡Ya es “Lourdes”!

–Bueno, a la licenciada Lourdes.

Entramos. La mayor parte de las mesas estaban ocupadas por los alumnos. Nos dirigimos a recoger los cartones y divisamos una mesa con espacio.

Nos acomodamos y Katia envió a uno de sus alumnos a conseguirnos refrescos.

Había mimos, payasos y hasta zancos; el ambiente estaba a la altura de una actividad para el teatro.

La licenciada Lourdes no se divisaba por ningún lado. Katia me mostró a Lourdes María, la hija de Lourdes; muy bonita, un poco chaparra pero buen cuerpo.

–Allí está la licenciada – dijo Katia –, junto al equipo de sonido.

–Va ser imposible que la pueda ver hoy. Mejor juguemos.

Pasamos divertida la velada. Nunca gritamos bingo, ni siquiera los alumnos de Katia. Fue la mesa con más mala suerte de la noche, pero nos divertimos mucho.

Dejé a Katia en su casa. Yo me dirigí a la mía; tenía mucho que estudiar.

El día del examen, nos presentamos a las ocho de la mañana. Éramos un total de treinta y siete aspirantes y teníamos tres horas para contestar el examen.

Los examinadores dieron las instrucciones:

“Tienen tres horas para finalizar, no les tenemos que recordar que ya son profesionales y que no pueden hacer trampa, aunque queden solos en la sala.

La letra es fundamental, ninguno de los examinadores vamos a descifrar nada: limpio y claro. Pueden comenzar”.

Es increíble cómo pueden confiar en leguleyos. Piensan que alguno de nosotros no es capaz de hacer trampa. Si nos dejan solos, están soñando.

Al comenzar a desarrollar el examen no sentí en lo absoluto difícil las preguntas. Lo que sí se me estaba haciendo difícil era escribir; tenía tanto tiempo que no escribía a mano más de diez palabras, solo por computadora; ya no podía escribir de corrido, ni en letra de carta, hasta la ortografía me estaba fallando; no sabía dónde poner tildes, la máquina está acostumbrada a ponerlos. Esto sí fue un martirio.

Terminé el examen exactamente a las tres horas y no sabía si iban a entenderle a mi letra.

Después del examen nos fuimos con unos amigos y colegas a comer algo. Nos dirigimos por la carretera a Valle de Ángeles, comimos, bebimos, reímos y contamos anécdotas del examen.

Regresé a la casa a las seis de la tarde. Decidí acostarme. No podía ni pensar; me excedí un poco con las cervezas.

CAPÍTULO II

La conquista

Como teníamos que esperar por el resultado de los exámenes, decidí borrarlos de mi mente, estaba segura que me había ido bien.

Juan Carlos cumplió con su misión y consiguió las tres películas, así que mi plan tenía que dar inicio. Llamé a Katia para pedirle el número de teléfono de Lourdes y ponernos de acuerdo para cuándo y dónde íbamos a ver las películas.

Tomé valor para llamarla. Pensé que ya no se iba a acordar de mí. Pero resultó fácil; me dio el número de la casa para que la llamara el sábado, para ponernos de acuerdo en la hora.

A las tres de la tarde, llamé para ponernos de acuerdo a qué hora íbamos a ver la película y contestó la hija:

—¡Buenas tardes!, ¿se encuentra la licenciada Lourdes?

—Sí, ¿quién la llama?

—La licenciada Cora Madrid.

—Un momento... ¡Mamá, la llama la licenciada Cora Madrid!

—¡Buenas tardes!

—¡Buenas tardes Lourdes!, la llamo para ponernos de acuerdo.

—¿A las seis de la tarde está bien?, así pedimos una pizza para comer.

—Por mí está perfecto. ¿Me da su dirección?

A las cinco y cuarenta y cinco llegué a la colonia donde vive Lourdes; llevaba las películas, palomitas de maíz y mi mejor actitud.

Cuando toqué a la puerta me abrió la hija.

—¡Hola! ¿Está su mamá?

–Sí, pase.

–¡Hola! ¿Cómo está?

–Bien, pase.

No sé si ya conocía a mi hija Lourdes María.

–Nos vimos en la puerta. Mucho gusto Lourdes María.

–El gusto es mío.

–¿Se va a quedar a ver la película con nosotras? – le pregunté.

–No creo. Dura como tres horas, más bien – dirigiéndose a la mama –, voy a ir a la casa de Angélica.

La velada estuvo muy bien. Vimos la película, que sí duró tres horas sin parar; comimos pizza y nos pusimos de acuerdo en vernos la siguiente semana, que era fin de semana largo para ver las otras dos. Le dejé el libro y mi número de teléfono. Le dije que la llamaría durante la semana.

Así fue. El fin de semana siguiente pasamos juntas viendo las películas, siempre en la casa de ella. Hablamos de literatura y arte. Nos divertíamos mucho.

El martes nos dieron los resultados de los exámenes y me dieron la noticia que lo había aprobado. Estaba súper contenta y decidí después de llamar a mis papás y darles la noticia, invitar a almorzar a Lourdes para celebrar.

Fuimos a almorzar a un restaurante de mariscos y estábamos en plena tertulia cuando doña Estela Alcántara, la tía de mí ex pareja, se acercó a saludarme.

–¡Hola Cora! ¿Cómo ha estado? Hace días que no va por la casa.

–¡Hola doña Estela! ¿Cómo ha estado?

–Bien, ¿y tú?

–Muy bien. No he podido ir a la casa porque me estaba preparando para mi examen, ¿se acuerda que le comenté?

–¡Claro! ¿Y qué tal te fue?

–Muy bien. Ya está hablando con una abogada y notaria, ¡si quiere ya la puedo casar!

–Si tuviera pretendiente no lo dudaría.

No deje de ir a visitarnos, usted sabe que es bienvenida en la casa aunque ya no tenga nada con Claudia.

—Es muy amable, le prometo que voy a llegar.

Se despidió y yo sentí que las puertas de mi closet estaban de par en par.

—Déjeme explicarle.

—No tiene nada que explicar. Cada cual es dueño de su vida y hace de ella un carnaval, si así lo quiere.

—Necesito hacerlo.

—La escucho, pero insisto que no es necesario.

—Prácticamente mi vida no ha sido un carnaval, pero no sé hasta dónde a usted le afecta la sexualidad lésbica de la persona con quien está compartiendo sus almuerzos y tiempo libre.

—No se preocupe, coma tranquila que no vivo en el siglo pasado. No soy una mujer cerrada. La gente confunde lo estricta que soy con una actitud cerrada. Pero está bien para mí, y la imagen que tengo de usted no la va a cambiar con quien se acuesta.

Allí finalizó la plática referente a mi sexualidad. Me había asombrado la facilidad con que lo tomó, así que aproveche para invitarla a conocer mi casa ya que solo habíamos visto las películas en la de ella.

Quedamos en vernos el siguiente sábado a las ocho de la noche, después de un compromiso que yo tenía.

—¡Bueno! Bienvenida a mi hogar. Hogar de una sola alma, pero definitivamente ¡es mi hogar!

—¡Qué amplio!

—La casa no es tan grande, lo que pasa es que tenía tres habitaciones y como no me gustan las paredes sino los espacios abiertos para manejar un solo ambiente en la decoración, mandé a botar las paredes de la cocina y del cuarto que daba a la calle; solo dejé mi habitación y el estudio cerrados.

—Se mira bastante amplia.

—Esa es la idea, dar una imagen de amplitud. Y como me gusta el arte tengo una pequeña colección de cuadros de artistas hondureños.

–Ya veo, me gusta ese desnudo.

–¡A mí también!

–¿Qué música le gustaría escuchar?

–Algo en español.

–Serrat, Silvio, Mercedes, Pablo, Rosana, Facundo, Soledad, solo pida.

–Más bien algo como Los Iracundos o Los Galos.

–También tengo algo de ellos. Déjeme buscar.

Puse la música. Era increíble que Lourdes estuviera en mi casa, la cual había arreglado para la ocasión. Limpia, olorosa, cortinas, toallas, todo estaba en su lugar; velas, incienso, vino, cervezas, ron, hielo, las copas, todo lo necesario para una buena estrategia; lo que me faltaba era el valor.

–¿Qué quiere tomar?

–Agua está bien.

–¡¿Agua?!

Fui a la refrigeradora a buscar un vaso con agua y le dije:

“Yo me voy a servir vino tinto, ¿gusta una copa?”

–Sí claro, pero quisiera un poco de agua antes.

–Ya se la llevo.

Abrí la botella de vino tinto, saque mi mejor par de copas y lo serví. Mientras tanto, ella estaba en el estudio viendo los libros.

–Aquí tiene – dándole el agua.

–¡Gracias! Qué buenos libros tiene aquí; La divina comedia, El Quijote, La iliada, La odisea, mitología, arte, historia, Las mil y una noche.

–Todos tienen más de cuarenta años de edición y son completos, no resúmenes como los de ahora.

–¿Ya los leyó?

–No todos. Me faltan La divina comedia y El Quijote; es decir, ya los leí pero no en esta edición. Pero como puede usted ver son dos tomos con más de doscientas hojas tamaño legal, y como las traducciones cambian y las palabras cobran a través del tiempo

otros significados, tengo que sacar mi diccionario antiguo para entender. Insisto, prefiero verlos por televisión.

—¿Cómo es usted!, si yo los tuviera ya los hubiera leído.

—¡Claro! Usted es la maestra de Filosofía y yo una simple mortal.

Cuando leí hace como veinte años “Las mil y una noche” de una edición de 1915, decía que los árabes traficaban con telas y adornos y yo creía que eran malas personas por lo de “traficantes”, porque no sabía que traficar en esos tiempos, era sinónimo de comerciar y como que le di vuelta a la historia en mi mente.

—¿No sabía que eran sinónimos?

—Dije hace como veinte años atrás. Pero es cierto, no lo sabía; pequé de ignorante.

—Pero se dio cuenta y es lo que cuenta.

—Así dicen.

¿Quiere vino?

—¡Claro!

Nos dirigimos a la sala, saqué una de mis obras musicales preferidas.

—¿Ha escuchado a Johann Pachelbel?

—No lo creo.

—Es contemporáneo de Bach y Vivaldi. Este tipo nació en Núremberg, Alemania en 1653. Era compositor y organista, murió en 1706 a los 53 años.

—Está bien enterada.

—¿Es que me encanta! Escribió mi clásico preferido de todos los tiempos, “Canon”. Es lo mejor que he escuchado, ya se lo voy a poner.

Saqué el disco, lo puse en forma de repetición, encendí las velas y el incienso. Le dije: “Disfrútelo”. Me senté junto a ella en el sofá y lo escuchamos.

—¿Sabe qué es lo más interesante?, que él escribió Canon hace trescientos cuatro años. A mí me fascina y por lo menos debemos de haber en el mundo muchos fanáticos de él. Yo me pregunto, ¿qué habrá sido lo que lo inspiró? ¿qué fue su musa? ¿o quién fue su musa? ¿una mujer?, ¿un hombre?, ¿su madre?, ¿un hijo?, ¿la desolación?, ¿la naturaleza?, ¿la ausencia?

–Tuvo que ser algo maravilloso para que trescientos cuatro años después la trastorne así.

–Es algo hermoso. Amo esta música.

–Es realmente divina. Y tiene razón, el tipo es bueno.

Seguimos escuchando, llené su copa; mi corazón estaba bien, pero mi estómago tenía mariposas. Me incorporé, la vi a los ojos y le dije:

“¡Regáleme cinco minutos de su vida!, pero que sean míos. Sin preguntas, ni reclamos; solo regálemelos”.

Ella asintió con la cabeza. Sabía que me estaba jugando mi única carta y que el pánico no se podía adueñar de mí. Le dije:

“Canon dura aproximadamente cuatro minutos. Así que cuando termine, solo va a faltar un minuto”.

Ella solo sonrió. El momento era tenso, sensual, de nerviosismo; no sabía si ella iba a aprobar mi comportamiento, pero lo que sí sabía es que esa mujer con su aroma, espectacular sonrisa, inteligencia, sentido común, y con un carácter difícil que la hacía ver como intocable estaba allí, solo para mí.

Me acerqué a su mejilla. Me estremecí. Su piel tersa, suave y cálida junto a mi piel, la música cada vez más intensa, hizo que desbordara en un beso suave. Sus labios entreabiertos acariciaron los míos y sentí su tibio aliento.

Acaricié suavemente su rostro. Sus cejas negras delineaban esos ojos miel penetrantes y apasionados. Suspiré, se estremeció y la sentí mía.

La música se detuvo, mi tiempo se había terminado, me alejé.

–¿Pachelbel sigue allí?

–Sí.

–Yo también sigo aquí.

Tomó mi mano, me acercó a su cuerpo, y me besó. Fue un beso tierno, apasionado; nuestras cinturas se unieron y por primera vez sentí deseo, ansiedad, pasión y temor en un mismo instante.

Me guio al compás de la música. Suavemente sentí como desnudaba mi hombro. Bajaba mi vestido con delicadeza; entre besos y caricias tiernamente me hizo el amor.

Estando desnudas y abrazadas en el sofá, Canon todavía se escuchaba, pero ya no significaba lo mismo para mí. Ese momento era de ella; su olor estaba en mi cuerpo, estaba recostada en mí, cuando comentó:

“¡Esto no es real!”

—¡Sí lo es! Si quiere lo repetimos, para que se dé cuenta.

—Me encantaría, pero estoy muerta.

—Lourdes, espero que lo que pasó no vaya a cambiar las cosas – dije.

—¿Cómo así?

—Es decir, muchas mujeres después de tener una experiencia lésbica huyen. Yo sé que es normal que sientan algo diferente, pero yo quisiera que esto dure más que una noche.

—¿Usted cree que yo no sabía lo que estaba haciendo? Cora, estoy consciente de mis actos y quiero que sepa que lo disfruté y también lo deseaba desde hace algún tiempo.

Cambié la música. Seguimos recostadas con la compañía del vino tinto.

CAPÍTULO III

Nuestra relación iba bastante bien. Solo Katia y algunas amigas cercanas sabían lo de la relación – por Lourdes. Yo la acompañaba de vez en cuando a las prácticas de teatro y ella iba conmigo a presentaciones de mis clientes.

Comíamos juntas una vez a la semana y nos mirábamos los fines de semana en su casa o la mía.

Lourdes tenía la inauguración de una obra teatral, así que no la pude ver en toda una semana antes de la premier.

La premier era el viernes. Esa noche fui a ver la obra. El teatro estaba a reventar. Todo resultó de maravilla.

Después de la presentación de la obra teatral “Esas Mujeres”, esperé a Lourdes después de la función y hasta apagar las luces.

—¡Felicidades!

–¡Gracias!

–Pero usted no disfruta nada de la presentación, anda corriendo por todos lados.

–¡Así es! Solo en los ensayos y los comentarios de las personas o la crítica del periódico.

–Vi a la de sociales de La Tribuna y a camarógrafos haciendo tomas.

–Esperamos que nos den publicidad, usted sabe que no a muchas personas les gusta el teatro y no podemos llenar la sala a puros alumnos.

–¿Ustedes no hacen obras clásicas? – pregunté.

–No.

–¿Por qué no?

–No es que los muchachos no tengan la capacidad o habilidad, es que no contamos con presupuesto para escenografía y mucho menos vestuario de la época.

–¿Por eso solo hacen obras contemporáneas?

–Sí.

Para que vea cómo andamos que los muchachos tienen que usar su propio vestuario.

–¿Tan mal andan? ¿Cómo les fue con el bingo?

–El dinero solo ajustó para la escenografía, grabaciones y fotos.

–Lo bueno es que a ustedes les encanta el arte, aunque se mueran de hambre.

–¡Qué chistosa!

–¿Quiere ir a comer?

–¡Bueno!

–¿Qué se le antoja?

–Frijolitos, huevos tiernos y plátano.

–Mejor vamos por pollo. Es más rápido, ¿no le parece?, y mañana vamos a desayunar frijolitos y huevos.

–Entonces, ¿para qué me preguntó?

- Por cortesía.
- Lourdes, ¿a dónde vamos?, ¿a mi casa o a la suya?
- Ya es tarde. Mejor comamos en algún lugar y nos vemos mañana.
- Yo pensé que nos íbamos a quedar juntas hoy.
- No puedo. Tengo que ver a Lourdes María.
- Lourdes María también tiene vida social.
- Mejor nos vemos mañana.
- ¿Para desayunar?
- Usted no se va a levantar un sábado temprano, no se engañe.
- ¡Pruébeme!
- Está bien, nos vemos a las siete en punto.
- Usted gana, mejor nos vemos para almorzar en mi casa. Le voy a cocinar pescado al vapor.
- Eso suena bien.
- Entonces es una cita mañana a la una de la tarde y después vemos una película.

CAPÍTULO IV

La ruptura

Como Katia estaba de cumpleaños, la invité a almorzar. Sabía que estaba resentida conmigo, porque desde que comencé mi relación con Lourdes no la había vuelto a ver. Solo llamadas por teléfono y el día de la juramentación.

Así que fuimos almorzar en su honor.

–¡Hola amiga! Hace tanto tiempo que no nos vemos, como ahora tiene con quien estar y ver películas y supongo que hacerlas también.

–¡Hola Katia! Es mi culpa no haberla visto mucho estos últimos cinco meses.

–¡Felicidades!, le traje algo.

- ¡Gracias amiga! Usted siempre tan especial.
- Si no fuera por la graduación, deberas que no nos hubiéramos visto en cinco meses, mala amiga.
- Bueno decídase, ¿soy amiga, o no?
- Usted sabe que sí. Solo estoy bromeando. ¿Y cómo van las cosas con la jefa?
- Viento en popa. Nos hablamos todos los días, nos vemos los fines de semana y en la semana si se puede.
- Es bueno oírlo amiga. Así que todo va bien. Pues le cuento que en la oficina se rumora que tiene un romance, porque se ve más relajada. Hasta han dicho que con algún estudiante. Yo me reí sola. Si supieran que es con una mujer, ¡se mueren!
- Por eso es que no salimos a lugares de ambiente, ni nos vemos en la semana, para no dar de qué hablar en su trabajo, ¡usted ya sabe cómo es ella!
- Si, lo de estricta no se le quita. Pues me alegro que las cosas vayan bien con ustedes.
- Solo hay un problema... es que nunca nos hemos quedado toda la noche juntas. Ni en su casa, ni en la mía. Nunca quiere ir a un hotel o salir de la ciudad un fin de semana.
- Pero, ¿por qué?
- Por Lourdes María.
- ¿Qué tiene que ver ella en su relación?
- Directamente nada. Platicamos, vemos televisión juntas, hemos ido al supermercado las tres, pero Lourdes dice que no le puede faltar el respecto a “la niña” quedándome en la casa o no yendo a dormir ella.
- Talvez lo que necesitan es como más romance, velas, vino.
- Eso nos sobra. Quiero levantarme una mañana con ella y sentir su cuerpo junto al mío.
- Mire Cora, eso me suena a que usted quiere un compromiso estable. Pero, ¿qué sucede si ella no? Talvez ella solo quiere compañía; tiene estabilidad laboral, estabilidad económica, la hija ya es “independiente” ... piénselo.

- Yo si quisiera compartir todo con ella.
- Pero, ¿si ella no?
- Tiene razón, voy a platicar con ella de eso.
- Pienso que es lo mejor, pero analice lo que puede pasar con usted, si ella dice que no, porque no olvide que la conozco y usted agarra incendio en un instante.
- Por eso estudié derecho, pero tiene razón.
- Ese fin de semana nos tocaba en mi casa. Preparé una exquisita cena, y cuando estábamos comiendo le dije:
- “Quiero que se quede conmigo toda la noche”.
- Usted sabe que no puedo.
- ¿O no quiere?
- No empiece Cora, por favor.
- Usted sabe que nunca nos hemos quedado juntas. No sé cómo es dormir con usted, o cómo es su olor por las mañanas, o si ronca. Quiero hacer el amor en la mañana.
- Usted sabe que no puedo quedarme.
- Sí, por la niña. Lourdes María ya es una mujer que vive su propia vida. Usted no tiene que estar esclavizada a ella.
- No lo estoy. Es que no quiero darle un mal ejemplo.
- ¿Amarme es un mal ejemplo? ¡Gracias amor!
- No se ponga así, que se está calentando y aquí no es el juzgado.
- Entonces no me provoque.
- Usted es una mujer de cuarenta y nueve años, yo ya no soy una adolescente. Necesito algo más que una relación de manos, quiero algo serio, compartir más que la cama y el teatro.
- Ahora me va a sacar el teatro en cara.
- Pues sí, pasa más tiempo con él, que conmigo.
- Mejor me voy para no seguir esta conversación.
- Si se va, váyase para siempre. No quiero perder el tiempo con una relación que no va a ningún lado.
- Si eso es lo que quiere..,

–Es lo que quiero. Cierra la puerta cuando salga.

Al día siguiente me sentía muy mal. Definitivamente ya no tenía tiempo para estar comenzando, ni poniéndome al día con parejas.

A los treinta y seis años ya estaba preparada para una relación estable con compromiso serio y ¿qué más le podía pedir a la vida de una persona que era interesante, inteligente, eficiente profesional, culta y seria, pero que no podía darse el lujo de ser feliz en su sexualidad por una imagen hacia su propia hija?

Esa noche decidí salir, así que llamé a Sonia para que fuéramos al bar gay de moda. Era hora de beber para ahogar las penas del alma, del corazón y del sentimiento de abandono que me envolvía.

Quedamos que ella pasaría por mí a las 9:30 p.m. y así fue.

–¿Está lista? – preguntó.

–¡Sí!, ¿y cómo me veo?

–¡Muy bien!

–¡Así espero!, porque voy de cacería. De hecho, me puse un rótulo en la espalda que dice “disponible”.

–No bromea así, ya va a ver que la va a pasar de maravilla.

–Eso espero – le respondí.

–Les dije a unas amigas que se llegaran para que hagamos un buen grupo – comentó Sonia.

–Entre más prospectos hayan – dije.

El ambiente estaba de maravilla. En la disco nos encontramos con Susana, Gladis y Perla. Yo bailé y bebí como condenada a muerte. Estábamos en la pista cuando Sonia me comentó:

“¿Esa no es Lourdes María, la hija de su ex?!” – señalándola.

–Sí, es ella – aseveré.

¿Y con quién anda? – le pregunté.

–Entró con una muchacha. La que está en el bar vestida de negro.

–¿Que estará haciendo?!, – pregunté con asombro.

En ese momento, la muchacha se le acercó y pasaron a la pista a bailar. Un baile muy erótico para una mujer heterosexual en una disco gay.

–¿Qué chiquito es el mundo!, – comentó Sonia.

–¡Como un pañuelo! – contesté.

Y la mamá piensa que le va a hacer un daño a la hija, y mírenla a ella, disfrutando de su propia vida – comenté.

–¿Qué va a hacer? – me preguntó Sonia.

–Voy a ir a saludarla – le dije.

–¿Está segura?

–Claro, este es el mejor momento.

Esperé que ellas dejaran la pista para acercarme, camine hacia la barra y dije:

“¡Hola Lourdes María! ¿Cómo está?”

Ella con cara de asombro contestó: “¡Muy bien! ¿Y usted?”

–Muy bien.

–¿Quiere bailar? – pregunté –. Si no, hay problema – dirigiéndome a la acompañante.

–No hay problema. Vayan – contestó.

Nos dirigimos a la pista y la tomé de la cintura en gesto de posesión. Estando en la pista le pregunté:

“¿Ella es su pareja?”

Me miró fijamente y contestó: “Sí”.

–Es guapa – comenté.

–¿Desde cuándo salen? – continué.

–Hace diez meses.

–¡Qué bien!

¿Y su mamá sabe de esta relación?

–¡No! Y por favor no le vaya a decir nada. Ya sabe usted como es mi mamá de cerrada en algunas cosas y ésta tan seria que no va a entender.

–No se preocupe, no sacaría del closet a nadie – le contesté.

Y pensé: “¡Qué irónica es la vida!”

Terminó la canción y le dije que volviéramos, porque no quería que la pareja se molestara. –¡Nos estamos viendo! – le dije. Y volví a la mesa con las muchachas.

–¿Qué tal? – preguntó Sonia.

–¡Es increíble! La muchacha es la pareja, y Lourdes María tiene un pavor de decirle a la mamá. ¡Qué relación más extraña tienen estas dos! – comenté.

–¿Y le va a decir a Lourdes usted?

–¡No!, le dije que no iba a comentar nada. Pero se me ocurre una idea para que las cosas se den de una manera que no afecte a ninguna de las partes.

Perla, ¿va a haber un espectáculo el próximo fin de semana aquí? – pregunté.

–Van a celebrar el Drag Queen. Es súper divertido – contestó.

–Bueno, vamos a invitar a Lourdes para que venga.

–No creo que quiera darse color – dijo Perla.

–Si los del teatro la traen y ustedes también, vienen – dije.

La misión de la semana es traer a la madre y a la hija.

Seguimos disfrutando de la noche. A las tres y media de la mañana salimos del lugar.

CAPÍTULO V

Las muchachas convencieron a los muchachos del teatro que le pidieran a Lourdes que los acompañara al espectáculo. Solo había que esperar que Lourdes María y la pareja llegaran.

Todo estaba preparado para el encuentro en la discoteca. Los muchachos del grupo de teatro convencieron a Lourdes para ir a la fiesta y yo llamé a Lourdes María para decirle del evento, y comentó que sí iban a ir.

La relación con Lourdes estaba rota, así que ella no sabía que yo iba a estar allí esa noche. Sonia y yo llegamos al lugar a las 9:00 p.m. El evento comenzaba a las 9:30 p.m.

Cuando llegamos, los muchachos ya habían llegado con Lourdes y Perla.

Solo faltaba que llegara Lourdes María con Angélica, la pareja.

Nos acercamos a la mesa con los muchachos.

–¿Los podemos acompañar? – preguntó Sonia.

–¡Claro que por supuesto sí! – contestó Carlos.

–¡Hola Lourdes! – dije.

–¡Hola Cora!

Me senté al lado de ella. – ¿Cómo la ha pasado?

–Sobreviviendo – contestó.

–Yo la extraño – tomándola de la mano bajo la mesa, aunque irónicamente estábamos en un lugar de ambiente pero esas eran las razones de nuestra separación.

El show comenzó, pero las personas no nos dejaban ver quién entraba; era todo un espectáculo. Los muchachos estaban boca abierta de la calidad de los trajes y las lentejuelas; plumas y decorados de los vestidos y no digamos el maquillaje.

En el intermedio, pusieron música y la mayoría entró a la pista. Le pregunté a Lourdes si quería bailar, ya que estábamos ahí por primera vez:

–¿Quiere hacerme el honor? – extendiéndole la mano.

–Es un placer – contestó.

Nos dirigimos a la pista y bailamos tres canciones. Yo aproveché para darle un beso y decirle cuánto la extrañaba, cuando entró Lourdes María.

–¿Esa no es su mamá? ¿la que está bailando con Cora? – le preguntó Angélica.

Sí – contestó ella -. ¡Vámonos! – le dijo a Angélica. Y salieron del lugar.

Nosotras la pasamos de maravilla, nos divertimos mucho con el evento, pero los planes no habían salido como pensamos.

Al día siguiente, Jenny – una amiga de Lourdes María –, la llamó por teléfono y le dijo:

–Qué suerte la suya Lourdes María, que su mamá sea tan mente abierta. Anoche usted no fue a la disco, sino la hubiera visto como bailaba; la paso súper bien con la raza.

–¿En serio? – preguntó Lourdes María.

–No le digo que hasta conmigo bailó su mamá.

Bueno me la saluda. Nos vemos mañana en el trabajo.

Se despidieron. Como a la una de la tarde, Lourdes se levantó. La hija ya tenía hecha una sopa.

–¡Gracias amor!, hace meses no tomaba y me desvelaba como anoche – le dijo.

–Mamá, me llamó Jenny y me dijo que anoche usted fue a la disco gay – comentó seria.

–Si, fui con el grupo de teatro y Perla. Allí nos encontramos a Cora y Sonia – le contestó en un son relajado.

–Yo creía que a usted no le gustaba ese ambiente.

–El ambiente como que no es mi preferido – contestó.

–Me refiero a las personas homosexuales – insistió.

–Mire amor, las personas viven su vida como ellos decidan. ¿Quién soy yo para juzgarlas?, mucho menos en cuestión de amor – continuó.

–Mamá, ¿cómo le cae a usted Angélica? – preguntó con duda.

–¡Muy bien! Creo que es una muchacha seria y madura con relación a su edad.

¿Por qué la pregunta?

–¡Ella es lesbiana! – contestó secamente.

–¡Bien por ella!

¿Y tiene pareja? ¿o está saliendo con alguien? – le preguntó Lourdes –, porque es difícil en cualquier sexualidad encontrar a la persona correcta – continuó.

–De hecho sí. Tenemos diez meses de estar juntas.

Hubo silencio. Lourdes tardó unos veinte segundos en contestar.

–Bien por usted también hija.

–¿No le molesta? ¿no está enojada conmigo? – le preguntó Lourdes María.

–Claro que no. Si usted es feliz y está bien, no hay por qué cuestionar su sexualidad. Lo que sí me molesta es que no me haya dado cuenta o usted no me lo haya dicho antes.

¿Ella es su primera relación? – preguntó Lourdes.

–No mamá. He tenido dos relaciones anteriores cuando estaba en la universidad.

–¿ Y cómo se llevan ustedes dos?

–Por el momento muy bien.

–Hagamos algo: llame a Angélica para invitarla a cenar hoy a las siete, para que se sienta en familia. ¿Qué le parece?

–¡Súper!

–No hay problema, cena hoy a las siete.

Se abrazaron y Lourdes María le dio un beso a su madre y le dijo:

–¡Gracias mamá!

– ¿Cómo que gracias? Deme otro beso amor.

Lourdes me llamó esa tarde para invitarme a cenar, pero no menciono la ocasión; así que fue sorpresa para Lourdes María y Angélica cuando me abrieron a la puerta.

–¡Buenas noches! – saludé.

–¡Buenas! – dijo Angélica.

–¿Cómo está usted? – pregunté.

–¡Muy bien, gracias! – contestó con una sonrisa.

Pasé a la cocina. Allí estaban las Lourdes.

–¡Hola!

–¡Hola! – contestaron -. Ya va a estar la cena. Vayan poniendo los platos con Angélica – me pidió Lourdes.

Angélica y yo, nos dedicamos a la dura tarea de sacar los platos del chinero y colocar el servicio. Yo no sabía exactamente lo que estaba pasando, pero podía imaginarme algo.

Nos sentamos a la mesa y compartimos la cena. La plática fue de carácter informal y nada comprometedor. Cuando terminamos, Lourdes nos pidió que pasáramos a la sala para tomar un digestivo.

Angélica puso música y nos sentamos a la sala, cuando Lourdes comentó:

–Supongo que se han de preguntar por qué estamos celebrando, y por qué está Cora aquí...

–En realidad yo creía que solo íbamos a estar las tres – dijo Lourdes María –, sin ofender.

–Sin ofensa – contesté.

Bueno, la razón del por qué estamos celebrando, es porque hoy mi hija, Lourdes María dio un gran paso en la relación conmigo – dijo Lourdes.

Me compartió la relación que tiene con Angélica. Y quiero que Angélica sepa, que me alegra que usted comparta con mi hija y es bienvenida a esta casa.

Dentro de mí, quería saltar en una uña. El plan funcionó – pensé.

– La razón de por qué Cora está aquí, es porque yo quiero también dar ese paso con mi hija.

La sala quedó en silencio. Las miradas estaban fijas en Lourdes.

–Mire hija – continuó –, yo cometí un error al no darme cuenta que usted ya había crecido y que tenía una vida propia, elegida bajo sus propios criterios y no pude romper esa barrera de la comunicación entre madre e hija.

Cora está aquí esta noche compartiendo con nosotras porque ella y yo también compartimos o compartíamos mejor dicho una relación de pareja.

Este closet se abrió de par en par – pensé.

–Me siento tan mal de no haber podido manejar esta situación de una mejor manera... Si no me hubiera encerrado en normas de conducta prefabricadas – continuó Lourdes.

El silencio se extendió. Nadie sabía si hablar, o no.

–¡Qué tontas fuimos! – aportó Lourdes María –. Yo miraba a Cora aquí siempre y que la llamaba seguido, pero no pude imaginarme que tenían algo bonito, porque mi cerebro egoísta no pudo

procesar que mi madre podía enamorarse o que necesitaba afecto como todo el mundo y que se merecía ser feliz.

–No es realmente egoísmo lo que tenía usted Lourdes María – aporté –. Es por naturaleza que los hijos creen que sus mamás los trajeron al mundo por obra del Espíritu Santo. Yo amo a su madre y quiero compartir con ella mi vida. Para mí esto es lo mejor que les pudo haber pasado. ¿Recuerda la noche que nos vimos en la disco y usted me pidió que no le comentara a su madre nada? Para mí era como la solución a mis problemas con su madre., pero no me correspondía hacer o decir algo. Ahora que todo se aclaró entre ustedes, creo que es necesario que yo le pregunte a su madre si quiere continuar conmigo.

–¡Claro que sí! – contestó, dándome un beso.

–Ahora le tengo que pedir a usted, Lourdes María, autorización para visitar a su madre.

–Eso no es necesario – dijo Lourdes María.

–En realidad, sí lo es para mí – contesté.

–¡OK!, pero la hora de visita es de 7:00 p.m. a 9:00 p.m. – dijo riéndose.

Continuamos la velada. Lourdes María y Angélica se dedicaron a poner música; bailamos un poco y nos despedimos porque al día siguiente había que trabajar.

Algunas veces tenemos la solución a nuestros problemas frente a nuestras narices, pero nos cuesta tanto distinguir los aromas de la vida.

Fin

¡Un amor platónico hecho realidad!

Hoy es un día muy especial. Carolina y yo estamos cumpliendo un año de ser pareja. ¿Por qué es tan especial este primer año? Porque llegó después de dieciocho años de espera.

Decidimos quedarnos en casa a celebrarlo. Estábamos haciendo los preparativos para nuestra romántica velada cuando Carolina preguntó:

–¿Se acuerda cuando usted llegó a mi consultorio por su problema de rodilla? Y por cierto, ¿no le volvió a molestar?

–No amor, usted me la curó para siempre – contesté.

En ese momento mi mente volvió a más de un año atrás, cuando acababa de regresar a mi ciudad natal después de estar trabajando en la capital y me invitaron a una reunión de gente de ambiente.

En la reunión estaba mi mejor amiga, Yolanda y su pareja Nolvía; tres parejas más de mujeres y una de hombres. En la reunión, Nolvía comenzó a preguntar desde cuándo nos habíamos dado cuenta de nuestra sexualidad; todo era una estratagema para sacarle a Yolanda su historia antigua. Cuando llegó mi turno, Nolvía preguntó:

– Ivonne, ¿y usted desde cuándo se dio cuenta que le gustaban las mujeres?

–Desde que le puse título a lo que me pasaba. No hace mucho tiempo atrás, pero siempre tengo una memoria que no me ha dejado desde hace dieciocho años. Cuando yo estaba en sexto año de primaria, mi hermana mayor Laura, ya estaba en último año de bachillerato y siempre se reunía en nuestra casa con un grupo de compañeras; nunca olvido que yo me quedaba extasiada viendo a una de ellas que tocaba guitarra y tenía un cabello negro largo lindo. Recuerdo viéndola tocar esta canción de Roberto Carlos, la del Cadillac.

–¿Cuántos años tenía? – preguntó Esteban.

–Once, casi doce.

–¿Ha sabido algo de ella? – continuó.

–Lo único que sé, es que estudió medicina y se casó, pero que se divorció después.

–¿Quién es? – pregunto Nolvía –.

–Se llama Carolina Ortega.

–¡Sí que el mundo es un pañuelo! – comentó con tono burlesco Nolvía –. ¿Usted sabe que ella y yo somos compañeras de trabajo? Ella tiene su clínica en el mismo hospital que yo.

–Ella sacó la especialidad de Ortopedia – agregó Yolanda.

–¡En serio! ¿Y cómo está? – pregunté.

–Siempre guapa. Y sí, está divorciada y dicen las aguas que se divorció por una mujer; así que tal vez tenga la oportunidad de hacer su amor platónico realidad.

–Definitivamente ya me duele la rodilla – comenté en tono jocoso.

–Lléguese al hospital un día de estos y se la presento.

–¿Que más sabe de ella?, ¿qué le gusta?, ¿hace deportes?, ¿colecciona algo?, ¿tiene pareja?

–Le gustan las mariposas. Tiene el consultorio lleno de mariposas y también hace poco la vi en la cafetería leyendo uno de estos libros de J J Benítez, “El caballo de Troya”.

La reunión continuó. Yo no dejé de pensar en la posibilidad de al fin conocer a Carolina, después de vivir en mi mente por tantos años.

La siguiente semana decidí arriesgarme y llamé solicitando una cita a su consultorio. También llamé a un amigo y le pedí que comprara para mí las ediciones de El caballo de Troya III y IV, ya que no sabía cuál estaba leyendo.

Mi cita era el jueves a las tres de la tarde. Estaba nerviosa, pero la estrategia ya estaba preparada. Iría por un dolor de rodilla y dejaría mi celular olvidado en su consultorio para tener una excusa de volverla a llamar y así aprovecharía a invitarla a comer.

Cuando estaba en la sala de espera, no dejaba de reírme sola; no podía controlar mi maldad. ¿Cómo era posible hacer todo esto

para conocer a alguien? Como la recepcionista ya había llenado mi expediente me pidió que pasara.

–¡Buenas tardes!

–Buenas tardes! – contesté.

–Ivonne Altamirano García – leyó en mi expediente –. ¿Usted es familia de Laura Altamirano García? – preguntó.

–¡Sí! Ella es mi hermana mayor.

–Nosotras estudiamos juntas en el colegio, pero tengo años de no saber de ella, ¿cómo está?

–Casada y con tres hijos, pero viven en España desde hace seis años.

–¿Y sus papas, cómo están?

–Muy bien – contesté.

Ya tenía la boca seca, no importaba que ahora la diferencia de cinco años de edad no se notaba, pero ella estaba realmente hermosa, mucho mejor que en mis recuerdos.

–¿Y qué la trae a consulta?

–Me duele la rodilla.

–Bueno, vamos a revisarla.

Al estar revisándome la supuesta rodilla enferma, aproveché para hacerle algunas preguntas de su vida, su profesión; y siguiendo el plan, dejé el celular en su consultorio.

Esa noche llamé a Yolanda para contarle toda mi aventura y ella no dejaba de reírse y me decía: – Licenciada, ¡me tiene asustada!

Siguiendo el plan, al día siguiente, como a eso de las cinco y media de la tarde, la llamé preguntando si había dejado el teléfono allí; me contesto que sí, y que iría a dejármelo cuando saliera del consultorio.

En ese momento encendí incienso y velas, coloqué los libros en un lugar visible, me arreglé y me tomé una cerveza para calmar los nervios. A eso de las siete de la noche tocaron a mi puerta y era ella.

–¡Pase!

–Gracias.

Sabe, me estuve acordando de cuando íbamos a su casa a estudiar con Laura, pero no me acuerdo de usted.

–Eso fue hace dieciocho años. Yo todavía era una niña y ustedes adolescentes que iban a la universidad, pero ahora ya no se nota la diferencia de edad – agregué.

¿Quiere tomar algo?

–¿Usted qué está tomando?

Cerveza – respondí.

–Deme una.

En el momento que fui al refrigerador a traérsela, ella divisó los libros y dijo:

– Yo también estoy leyendo El caballo de Troya, pero no había conseguido el número IV. Cuando lo termine, ¿me lo presta? – preguntó.

–Es más, se los regalo – contesté –. Un amigo quiso que los leyera, pero realmente no son mi estilo.

–¿En serio?

–¡Claro!

Así pasamos hasta muy tarde en la noche, hablando de muchas cosas que teníamos en común y en otras que eran completamente desconocidas para mí. Así comenzó la etapa de conquista, después de tantos años en mi mente.

Como a Carolina le encantan las mariposas, de regalo de aniversario le pedí a un amigo entomólogo que tiene una granja de mariposas que me enviara una docena de larvas que estuvieran a punto de nacer para el día de nuestro primer aniversario. Fue toda una odisea el envío y tenerlas en la casa en una caja de zapatos cuidándolas y esperando que salieran del capullo a tiempo. Le pedí que enviara de una especie de color azul cielo; sería el regalo perfecto para Carolina.

Estando en la cena ella comentó:

– A veces me pregunto qué hubiera pasado si no hubiera olvidado su teléfono en la clínica. –Es el destino amor.

Usted y yo teníamos que estar juntas y el destino así lo quiso – sonreí con un poco de picardía.

Después de una larga noche de pasión, deseo, ímpetu, fogosidad y mucho vino tinto, Carolina se levantó a buscar agua y escuché un grito de exaltación que venía de la sala.

—¡Amor, hay una mariposa bella en la sala! ¡No! ¡Son dos... tres, amor!

Entre dormida y despierta le dije: “¡Feliz aniversario!”

Fin

Clio

“Un amor más allá de cualquier barrera”

CAPÍTULO I

Hoy es un día muy apretado para mí. Tengo que salir temprano del trabajo porque voy a tomar un avión para ir de vacaciones de tres días con mi pareja; pero siempre hay imprevistos en la oficina. Por lo menos ya había arreglado maletas la noche anterior.

—Licenciada la busca una cliente en créditos.

—¿No está la licenciada Flores allí?

—Sí, pero ella quiere hablar con usted por un problema de avales.

—OK. Dígale que me tardo unos cinco minutos más.

Mi trabajo es el de administrar un hospital privado que cuenta con un gran número de especialistas, por lo que tenemos un gran renombre y por lo tanto, muchos pacientes con grandes

problemas. Aunque no me involucro en la parte clínica, también veo el dolor de los familiares al momento de hacer trámites con la administración.

Al entrar en el departamento de créditos, me saludó una señora de unos 49 años.

–Licenciada Moradel, ¿cómo está?

–Con mucho trabajo el día de hoy señora Ramírez, ¿en qué puedo servirle?

–No quiero molestarla, pero la licenciada Flores me pide dos avales para el crédito de las hemodiálisis de mi esposo y como usted sabe que nosotros ya tenemos bastante tiempo de trabajar con ustedes.

–Usted tiene razón. ¡Venga conmigo!

–Licenciada Flores, ¿cómo está usted?

–Muy bien, gracias.

–La señora Ramírez tiene cuenta libre con nosotros. Su esposo realiza las hemodiálisis periódicamente.

–OK. Venga conmigo señora Ramírez.

–Muchas gracias licenciada.

–No se preocupe. Que se mejore el señor Ramírez.

La mayor parte del tiempo me la paso atendiendo a clientes que siempre quieren hablar con alguien más, pero eso me hace sentir gente todavía, no una máquina entre papeles.

Tengo cinco años de laborar en este hospital; el día pasa rápidamente entre tantas obligaciones.

Saqué la especialización en Administración de Hospitales por sugerencia de una amiga; pero estaría más tranquila de catedrática en alguna universidad.

Tengo 35 años y una vida por delante. Hace dos años conocí a la mujer que amo en este hospital; ella vino a una entrevista para una plaza de psicóloga infantil. Ese día el jefe de personal no estaba y me tocó realizar las entrevistas.

–Buenos días, con permiso.

–Pase.

–Mi nombre es Daniela Álvarez.

–Mucho gusto licenciada Álvarez, soy la licenciada Kenia Moradel. Le voy a realizar la entrevista en lugar del jefe de personal que tuvo una emergencia.

Usted tiene una especialidad en Psicología Infantil y trabajó para el Seguro Social por tres años.

–Así es, he trabajado también para Casa Alianza.

–Es soltera y tiene 34 años.

¿Qué religión es?

–Católica. Espero que no discriminen por religión.

–No lo hacemos, pero quería saber si puede atender personas los sábados.

–Sin ningún problema

La entrevista contó con todos los pormenores de la misma.

–Nosotros nos comunicaremos con usted licenciada y mucho gusto.

–El placer fue para mí.

Ella se presentó como toda profesional, igual que las demás; pero lo que hizo que optara a la plaza fue que ese día el hijo de la ascedora estaba esperando cita con el pediatra, y comenzó a platicar con el niño de unos siete años. Luego que supo quién era la madre le dijo:

– Señora, debería pedirle al médico que le revise la vista. Creo que puede ser daltónico.

Y así fue. Con solo platicar unos minutos con el niño se dio cuenta de su problema de aprendizaje con los colores. Eso la hizo entrar al hospital.

La noche de la cena navideña me tocó como amiga secreta, y no se me ocurrió nada más que darle un rompecabezas; no por lo de loqueras, sino más bien como excusa para visitarla en su casa, y resultó.

El 24 de marzo comenzamos a salir como pareja y de eso ya han pasado 17 meses.

Íbamos de vacaciones a las Islas de la Bahía, pero no eran unas vacaciones cualquiera; yo iba a dar el gran paso.

A las 3:20 p.m. tenía que salir hacia el aeropuerto. Ella iba a estar ya registrada para que no perdiéramos el avión.

–Licenciada Moradel

Miré el reloj y eran las 3:25 p.m.

–Dígame

–El director me manda por la firma de unas requisiciones.

–¿A esta hora? – pregunté.

–Lo siento. No es mi culpa.

–Lo sé. Vamos rápido a la oficina.

–¡Hola amor!

Ya están abordando – dijo molesta.

–Lo siento. Usted sabe cómo es.

–Yo sabía que iba a llegar tarde, para variar.

–No se enoje que ya estamos de vacaciones.

–Lo siento. Es que usted siempre llega tarde.

Abordamos el avión. Iba repleto. Un señor que estaba a la par pregunto:

– Si este avión se cae, ¿por dónde vamos a salir?

Otro le contesto:

– Por el periódico, mañana.

Daniela se molestó. Yo me reí a más no poder.

–¡Amor! ¿Trajo el llavero que le pedí?

–Sí, no sé para que lo quiera si en las Islas no va a abrir nada.

–No esté tan segura – le contesté con una sonrisa pícaro.

Arribamos sin novedad. Gracias a Dios, no quería salir en el periódico del día siguiente.

En el hotel nos recibieron muy bien; nos preguntaron si queríamos tomar clases de buceo.

–No gracias, venimos a disfrutar más bien del sol.

–Aquí está el itinerario de las actividades del hotel.

– ¡Bienvenidas!

Ya en la habitación nos acomodamos, tomamos un baño y esperamos a las 8:00 p.m. para ir a la cena.

Antes de salir pregunté:

“Amor, ¿y las llaves?”

–Están en la puerta.

–No, las que le pedí.

–Están en mi cartera.

–Gracias.

El restaurante tenía vista al mar. Había luna llena y una brisa agradable.

–Dani, ¿qué va a pedir?

–Camarones a la plancha.

–¿Y usted?

–Un king crab

–No olvide que la última vez que pidió uno, hasta el mesero – sin contar con los que estaban en la mesa de al lado –, salió embarrado, así que pida otra cosa.

–Cómo me quita la diversión.

Bueno, caracol al ajillo y una botella de vino blanco.

En la cena nos reímos mucho porque la pareja de al lado estaba comiendo cangrejo y un pedazo nos pasó volando por enfrente.

–¡¿Vio?! Usted estaría haciendo el ridículo – me dijo Dani.

Al terminar la cena, saqué el llavero y lo puse sobre la mesa.

Daniela exclamó:

– ¡Ya va usted con esas llaves! ¿De qué son?”

–Éstas son las tuyas. Usted tiene las mías – le contesté.

–No, esas son.

–¡¿Busque en su cartera?!

–¿Por qué hay dos pares de llaves iguales?

–Porque le quiero pedir que se mude conmigo para siempre.

–¿Con sus papás?

–Claro que no.

¿Se acuerda que metí los papeles para sacar casa? Bueno, ya me la entregaron y quiero que nos mudemos para allí.

El rostro de Daniela era de admiración y de incredulidad.

—¡No le creo! – me dijo.

—¡Es cierto! – le contesté.

Entonces licenciada Daniela, ¿quiere usted vivir las aventuras más grandes de su vida a mi lado?

—¡Claro que sí! – contestó.

—¡Menos mal!, pensé que iba a decir que no.

—¿Cómo cree?

—La amo, ¿sabe?

—Yo también la amo mucho Kenia.

¿Cómo es la casa? – me preguntó.

—Tiene dos plantas – le dije –, dos pares de cocos en la entrada.

—¡No bromea!

—Tiene 3 cuartos y patio que es lo mejor; es en calle vehicular y tiene área de garaje.

Daniela me quedo viendo un momento y dijo:

– ¿Sabe lo que sería increíble?, que tuviéramos un hijo.

—Claro, si usted quiere, yo también. Lo podemos adoptar recién nacido.

Sería perfecto si usted pusiera un óvulo y yo lo tuviera; sería hijo de las dos – dijo Daniela.

—Wow, ¡eso sería súper increíble!

Tendría mi inteligencia – le dije a Dani.

—Sí, pero mi carácter.

—¡Pobrecito!

Es una broma amor.

—Por eso le digo que mejor que tenga mi carácter.

—Usted tiene razón – le dije.

Pero, ¿puede tener mi sonrisa? – pregunté.

–Claro, y espero que la tenga.

–Me gustaría que fuera niña y se llamara Clío. Es la musa de la historia.

Clío Moradel Álvarez – dije.

–No se equivoque. Clío Álvarez. Yo soy la que la va a parir.

–OK, usted pone el apellido y yo el nombre,

–Pero, ¿no me la va a quitar después?

–Ni siquiera sabemos si la vamos a tener y ya está pensando en separarnos.

–Mejor que tenga mi carácter – le dije, y ella solo se rio.

Esa noche salimos a caminar por la playa. Habían tambores garífunas y fogatas por toda la playa; bailamos y bebimos no sé qué; algo en garífuna que a mí me mandó al baño rápidamente y después mejor algo pérdida de memoria.

A la mañana siguiente, después del desayuno nos fuimos a la playa. La pasamos muy bien, conocimos a una pareja de guatemaltecas y nos tostamos más de la cuenta. Por la tarde fuimos de velero y a ver a los delfines.

En verdad pasamos unas buenas vacaciones. El domingo partimos por la mañana para tener tiempo de arreglar las cosas de la semana, aunque salimos tarde por causa de la lluvia.

Ya en la ciudad recogimos el carro de Dani en el aeropuerto y ella me llevaba a la casa. En el camino le pregunté:

– ¿Quiere ir a conocer la casa nueva?”

–¿Por qué no?

–¿Trajo sus llaves?

–¡Claro!

–¡Esa! La segunda a mano derecha – le indiqué.

–Está bien ubicada.

Kenia, ¿ya les dijo a sus papas?

–¡Claro!

–¿Y qué dijo el suegro?

–Que me había tardado mucho y que me iba a pasar la cuenta por los años extras en la casa.

–Y su mamá, ¿qué va a decir?

–¡Nada! Ella ya sabe o por lo menos lo sospecha; ella dice: “usted solo sea feliz”.

–Amo a mi suegra.

–Ya está casi lista. Solo falta algo de pintura e instalar los servicios: la luz, teléfono y cable.

–Podemos ir la próxima semana si quiere.

–Sería perfecto.

–Ahora falta saber cómo la vamos a llenar – comentó Daniela.

Yo tengo cama grande, TV, DVD, estéreo y una refri.

–Como que solo vamos a tener sala, porque yo tengo lo mismo, solo que sin refri – le dije.

–Yo puedo sacar las otras cosas que faltan y usted paga la casa – aseveró Daniela.

–Eso suena bien. En un año podemos salir del menaje.

–Nos podemos mudar en unos 15 días, ¿qué le parece? – pregunté.

–Me parece bien. Voy a hablar con mami.

CAPÍTULO II

Aunque Dani y yo trabajamos en el mismo hospital, casi nunca nos vemos por tener diferentes horarios y trabajar en distintos pisos.

El lunes después de las vacaciones y con un bronceado impecable, fui la comidilla de todos en la oficina.

A las 3:00 de la tarde fui a visitar a mi amigo de toda la vida, el doctor Martín Inestroza. Él es gineco obstetra y trabaja en el quinto piso.

–¡Buenas tardes!

–¡Buenas tardes licenciada!

–¿Se encuentra Martín sin paciente?

–Está con una visitadora medica.

–OK, yo espero.

Después de unos minutos...

–¡Licenciada, puede pasar!

–¡Gracias!

–¡Amigo mío! ¿Cómo está?

–¡Menos bronceado que usted! ¿Cómo le fue por las Islas?

–Espléndidamente. Le vengo a contar los últimos acontecimientos de mi vida.

Le pedí a Dani que nos mudáramos juntas y dijo que sí.

–¡Felicidades! ¿Y para cuándo es la fiesta de inauguración de la casa?

–Aproximadamente en unas tres semanas.

¿Cómo está Luisa? – le pregunté.

–¡Muy bien!, cuidando a la nena.

–Me voy. Hoy me la he pasado de pinta. Sería bueno que me visitara abajo.

–Si, mañana voy a tomar café.

–¡Nos vemos!

La siguiente semana ya estaban por instalar los servicios en la casa. Dani y yo decidimos inaugurarla antes a nuestra manera: con muchas velas, vinito, música y una colchoneta.

Ella me miró y dijo:

– La amo Kenia

–¡Más le vale!, porque ya no va a ver vuelta atrás.

Espero que el amor nos dure para siempre Dani.

–Me too, baby.

¿Quiere bailar? – me preguntó.

–No hay cortinas – le dije.

–Tampoco vecinos.

–Sí, pero, ¿y los vigilantes?

–Que lo disfruten.

–No sea así Dani, ponga la sábana en la ventana.

–¡Aburrida!

Esa noche pasamos la primera de muchas noches de amor y pasión en nuestra casa.

–¡No vayan a rayar la refri! – grité –.Tenemos mucha mano calificada aquí para ayudar a mudarnos.

–No se queje Kenia, que no muchos pueden contar con dos médicos, tres licenciadas e ingeniero para esto.

–Ese es el problema, que todos queremos dirigir en lugar de actuar – dijo la esposa de Martín.

Le habíamos solicitado a nuestros amigos ayuda para mudarnos el sábado. Algunas de las cosas ya estaban allí porque la casa comercial había cumplido con llevarlas; pero acomodarlas... esa era otra historia. Entre libros y la cocina, ya teníamos bodega, ¿lo pueden creer?.

¡Alguien pida pizza! – se escuchó de uno de los cuartos.

–¡Yo la pido! – contestó Daniela.

–Amor, ¿su mama va a venir a ayudar? – le pregunté a Dani.

–Sí, va a traer las cortinas.

–Entonces pida dos pizzas, porque los míos también van a venir; acaban de llamar.

–¡No sueltan el cordón umbilical! – dijo Martín, con una sonrisa más por causa de las cervezas que por el chiste.

Nuestros papás llegaron a darle el toque final. La mamá de Dani colocó las cortinas, y la mía ayudó con la cocina; en cambio mi papá se terminó las cervezas de Martín.

Es realmente impresionante saber que las personas que amamos nos apoyen en esta decisión; la mayor parte de la sociedad no acepta una relación lésbica tan abierta como esta, aunque la mayor parte de nuestras amistades son parejas homosexuales; pero también tenemos amigos como Martín y su esposa que no lo son. Pero sin novedad, ellos dicen que los hace mejores padres el poder entender la sexualidad de las personas; más que en los libros, en la vida real.

Mis padres conocen desde siempre mi sexualidad. Aunque llevan más de 40 años de casados no significa que no manejen a la perfección la comunicación de adulto a adulto, o de padres a hijos, como cuando éramos adolescentes.

Mi madre es maestra jubilada. Actualmente se divierte dando clases en un kínder para niños con padres con VIH. No sé cómo lo logra, porque lidiar con niños no es cosa fácil a su edad. Por otro lado, mi papá ejerce el derecho. Es abogado y un romántico empedernido; le encantan los boleros y el tango.

La mamá de Daniela pasó muchos años en los Estados Unidos. Allí se casó por segunda vez, pero enviudo hace unos 6 años. Decidió regresar al terruño. Ella se dedica a la costura; es de mente muy abierta y también una señora súper divertida. Los hermanos de Dani siguen en el norte.

En el trabajo las cosas son un poco diferentes. La mayor parte de los compañeros no conocen nuestra sexualidad abiertamente; lo comentan pero nadie pregunta.

Nosotras no escondemos que nos amamos, aunque las personas no lo quieran aceptar.

Nuestros ayudantes se fueron como a la una de la madrugada, agotados y tomados.

El domingo lo utilizamos para los últimos toques, como ser la instalación de la lavadora y la secadora; ni Daniela ni yo teníamos mucho tiempo libre, así que decidimos utilizar uno de los cuartos en área de lavandería. No más área de estudio. El domingo por la noche, no encontrábamos nada en la casa; todo fue un desastre a la hora de alistar las cosas del día siguiente, sin contar que no teníamos nada para comer.

–No se preocupe – dijo Daniela –, puedo ir con mi mamá a hacer las primeras compras mañana después del trabajo, porque no tengo ni idea cuánto hay que comprar de cada cosa.

–¡Ni cuanto vamos a gastar! – le contesté.

–Espero que estos meses no sean tan duros en comprendernos y aguantarnos, como poder sobrevivir a las actividades de un hogar. ¿Se imagina que tuviéramos niños ahorita?

¡Esto sería un manicomio! – contestó Daniela.

Al cabo de unas semanas, las cosas ya estaban funcionando mejor; habíamos elaborado un minucioso presupuesto para no tener sorpresas. No nos podíamos quejar; nuestra situación económica estaba bien. Eso significaba que podíamos entre las dos tener un poco de ahorro para otras vacaciones.

–Amor, ¿cómo se siente en su nueva vida? – preguntó Dani.

–¡Cansada! Pero ha de ser la edad – le contesté.

–¡¿Cual edad?! Si yo soy mayor que usted y me siento bien.

–Ocho meses.

–Pero siempre son ocho meses – me replicó.

–Me voy a bañar, ¿me acompaña? – le pregunté a Dani.

–No. Voy a hacer café.

Al salir del baño, ella estaba como toda una diva en el cuarto: acostada en la cama y con una jarra de café.

–¿Se le antoja? – me preguntó.

–Claro.

Cuando me dio el café me preguntó:

– ¿Y ese hematoma que tiene en la pierna?

–¿Cuál? – repliqué.

–Ese hermoso morado.

–¡No sé! A lo mejor fue usted en un derroche de pasión y lujuria.

–¡Yo no hice eso! –contestó Dani con ojos maliciosos.

–¡No piense mal! Ni tiempo tengo de ser infiel.

–¿O sea que si tuviera tiempo lo sería?

–¡Nunca! Yo la amo solo a usted.

–¡Más le vale! – contestó.

–Yo sería incapaz de serle infiel. Usted sabe que la amo y que su mamá me mataría.

–Debería de hacerse los exámenes generales – dijo Dani.

–No. Estoy bien. Tiene que ser el pre menstrual.

Dos semanas después seguía teniendo los hematomas y decidí ir a chequeo médico. Como dice mi madre: “En casa de herrero, cuchillo de palo”. Y tenía razón, estábamos en inventario en el hospital y con un trabajal inmenso, así que deje los exámenes para después.

Los martes pasa el recolector de basura o el tren de aseo; pero, ¿como hemos discutido con Daniela!, no sé por qué se llama “tren de aseo”, si aquí no hay líneas férreas; talvez en el pasado las hubo.

–Kenia, no se le olvide sacar la basura que ya tenemos tres semanas de no sacarla – me dijo Dani.

–No se preocupe que ya la amarré; sino vamos a tener gallinas negras con cresta roja en el patio.

–Esos son zopilotes – contestó Dani.

–Claro, con la cantidad de basura que tenemos... ¡No sé cómo producimos tanta basura!

Saqué la basura, pero al volver a la casa me sentía cansada, como sin aliento.

–Kenia, mañana se hace los exámenes sin excusa.

–OK amor, no se preocupe. Voy a ir a cita con Martín. De todos modos ya me toca el Papanicolaou.

A la mañana siguiente, tomé las muestras y Dani las llevó al hospital, porque ella entra más temprano. Al llegar, le dije a la secretaria que me hiciera una cita con Martín antes que sus pacientes, y fui a hacerme los generales de sangre.

–Ya le hice la cita licenciada Morales. Le avisaron al doctor y dijo que iba a estar aquí a las dos en punto.

–Gracias Elisa.

Por favor que no se me vaya a olvidar la cita. De usted depende Elisa, y los exámenes dígale a Raúl que a la una van a estar para que me los traiga.

–No se preocupe.

Como a las once de la mañana recibí una llamada de Dani:

–¿Hizo la cita con Martín?

–Claro.

–No deje de ir.

A lo mejor necesito medicamento – le dije.

–Nos vemos en la casa.

–Cúidese amor, cualquier cosa le aviso.

Raúl me trajo los resultados. Me fui a almorzar y regresé justo para la consulta.

–Es bueno tener amigos médicos que te atiendan de primero.

–A parte de que es mi jefa...

Bueno, y ¿cómo van las cosas con Dani?

–¡Súper bien! ¿Luisa y la bebé cómo están?

–La nena tiene gripe, pero ya pasó lo peor.

¿En qué puedo servirle? – preguntó Martín.

–Vine por el Papanicolaou, y porque he tenido unos hematomas que no los causó Daniela por cierto; y me siento cansada. Aquí traigo los exámenes generales para que los revise.

–Déjeme verlos.

Martín revisó los exámenes y me dijo

–Hay que hacerle unos más de sangre. Después de aquí va al laboratorio para salir de eso hoy mismo.

Ahora al Papanicolaou. ¡Fuera ropa!

–Vale más que es mi amigo.

Pasé por el laboratorio y Martín pidió que le subieran los resultados a él.

El día había sido muy pesado y a las 6:30 de la tarde recibí una llamada de Martín.

–Ya tengo los resultados, ¿quiere subir?

–Subo en unos 15 minutos, solo cierro la pulpería.

–El doctor la está esperando licenciada, pase.

–¡Gracias!

Entré al consultorio y Martín me dijo:

– Siéntese.

–¿Qué pasa?, – pregunté.

–Tenemos un problema aquí.

No quisiera preocuparla pero pasa algo con su sangre.

–¿Anemia?

–Más serio... leucemia .

–¡Leucemia!, – exclamé.

¿Eso no solo es para los niños?

–Por desgracia no. También hay en adultos.

Ya le hice una cita con el oncólogo para mañana.

–¿Se cura?

–Sí, en la mayor parte de los casos; pero hay que tomar acciones rápidas como radiaciones o quimioterapia.

–¿O sea que voy a quedar calva? Siempre quise cortarme el pelo a la rapa – dije en son de broma..

–¿Ha habido personas con cáncer en su casa?, ¿en su historial familiar más allá de sus papás? –preguntó Martín.

–No que yo sepa. Solo diabéticos.

–No se preocupe, el doctor Mcfield la va a atender mañana a las 10:30 a.m.

Tiene que decírselo a Daniela, porque no va a ser fácil.

–OK Martín, se lo agradezco mucho. Mañana le aviso qué pasó con el doctor.

Salí de la oficina de la misma forma que entré. No sabía por qué me encontraba en tanta calma, y fui a casa.

En el carro no pensé en nada. Al entrar a la casa había un olor exquisito.

–Amor, ¿qué estamos celebrando?

–¡Nada! ¡Que hoy es hoy! La verdad es que usted debe de comer mejor.

–¡Me quiere engordar! – exclamé.

–¿Cómo le fue con Martín?

–No muy bien, pero mejor comamos.

–¡No! ¡Dígame cómo le fue!. ¿Tiene anemia, o es la edad?

–Me voy a lavar las manos – dije para evitar tocar el tema. No quería pensar porque no entendía qué estaba pasando. La leucemia es un cáncer y no todas las personas logran sobrevivirlo.

–Kenia, ¿Cómo le fue?

Sentada en el comedor, cogí su mano y le dije:

– La amo.

–Yo también la amo – contestó.

–No estudié Psicología por nada. ¿Qué dijo Martín? ¿O quiere que lo llame a su casa?

–Tengo una especie de leucemia de adultos.

La cara de Daniela no pudo dejar de demostrar su asombro y al mismo tiempo dolor.

No puede ser tan malo. La mala hierba nunca muere – le dije.

Daniela dejó los cubiertos en la mesa y dijo:

–¿Martín está seguro?

–Hizo los exámenes dos veces; mañana voy con el oncólogo, el Dr. Mcfield. ¿Lo conoce?

–Sí lo conozco. He trabajado con niños que él me ha remitido.

–¡Ya lo ve!, yo soy su bebé.

–Usted no entiende lo que es una leucemia en adultos, ¿verdad?

–Y no quiero hacerlo ahora. Solo necesito que me abrace.

Esa noche nos acostamos temprano y Daniela me abrazó como nunca lo había hecho antes.

CAPÍTULO III

Daniela me acompañó a la cita. El doctor nos atendió muy amablemente.

–Doctor, ¿conoce a la licenciada Daniela Álvarez? Ella es mi compañera de casa.

–Sí, claro, ¿cómo está usted licenciada Álvarez?

–Preocupada por esta mujer.

–Bueno vamos al grano.

Él se sentó, sacó unos folletos y comenzó a explicarnos cómo funcionaba, o más bien no funcionaban los glóbulos, las plaquetas y todo lo relacionado a la leucemia. Yo realmente no quería saber mucho del asunto, pero tenía que ser fuerte por Dani, y ella estaba siendo fuerte por mí.

–¿Cuál es el tratamiento? – pregunté.

–La quimio, para evitar que siga avanzando; pero la podemos aplicar aquí mismo.

Usted sabe que los efectos secundarios al tratamiento no son muy sabrosos, pero lo más importante debe ser su estado de ánimo – me dijo –. Le voy a dar una nota para la junta directiva. Puede seguir trabajando en los periodos entre tratamientos. No olvide la pérdida del cabello. Es lo que más le afecta a las mujeres.

Daniela preguntó:

– ¿Existen tratamientos nuevos en Estados Unidos?

–Usted sabe que ellos siempre están a la vanguardia en investigación.

–Kenia, el hospital tiene convenios con el hospital de Houston, Texas. Voy a solicitar que la envíen para una segunda opinión, si usted quiere.

–Gracias, sería perfecto.

–¿Cuándo comenzaría el tratamiento doctor?

–La aplicación será este próximo lunes, para que arregle sus asuntos. ¿Está bien?

–¿Podría enviarme todo a la oficina? O me llama, para mandar al office boy.

–Pierda cuidado licenciada. Y por favor no piense más de lo que debe. No se desgaste, como se lo puede decir aquí la licenciada Álvarez.

–¿Así es! – asintió Daniela. Pero yo sabía que la más preocupada era ella. Nos despedimos del doctor y pregunté:

– ¿Quiere ir a la cafetería?

En los pasillos no nos dirigimos palabra, porque saludamos a la mayor parte de los empleados del piso. Al llegar a la cafetería le dije:

– Arreglar los asuntos es decirle a los jefes, a mis papás y a su mamá. ¡Qué fin de semana nos espera!”

Ella contestó:

– Deberíamos ir rápido a los Estados para los nuevos tratamientos.

–Entonces, ¿no les vamos a decir a nuestros papás?

–No sé.

–Dani, no se preocupe tanto que vamos a salir de ésta. Mejor veamos cómo sale la quimio y luego planificamos.

–Tiene razón amor.

El viernes convocamos una cena familiar para el sábado. Ya había notificado a la junta directiva lo que estaba pasando y el director del hospital me dio todo su apoyo y el de la junta.

En mi mente estaba la posibilidad de morir en manos de una enfermedad dolorosa y cruel, tanto para la familia como para una.

Le pedí a Daniela que preparara el discurso. Ella era la de la experiencia en estos casos; yo me iba a encargar de la cena.

La comunicación con Daniela en estos últimos días no era muy amplia. Yo evitaba el tema y ella insistía mucho; en verdad yo no sabía qué hacer.

El sábado antes de que ellos llegaran, le dije a Dani:

– Al mal paso hay que darle prisa.

–¡Claro como usted no es la que va a tocar el tema!

–Sí, pero ¡a la que van a acribillar con llanto es a mí!

–Amor, esto no está comenzando bien – dijo Daniela.

–Lo sé, pero no sé qué hacer.

–Hay que ir a los Estados – insistió.

–OK. Voy a solicitarlo después de la quimio del lunes. Es mejor salir de dudas temprano. Después puede ser muy tarde.

Hagamos un trato – le pedí –, vivamos como antes. Que esto no nos destruya por favor.

–OK. No olvide que la amo – me dijo ella con los ojos llorosos. En ese momento pitaron los malcriados de mis papás.

–Trajimos el postre – dijo mi papá al bajarse del carro.

–¡Hola Daniela! –dijo mi madre saludándola con un beso. Lo mismo hizo mi papá.

Al mismo tiempo llegaba la mamá de Daniela.

–¡Suegrita! – exclamé.

–¡Hola Kenia! ¿Y sus papás?

–Están adentro. ¡Pase!

Daniela y yo servimos la mesa y mi papá puso música de fondo.

–¿A qué se debe esta cena? – preguntó la mamá de Daniela.

–Es que tenemos que hablar con ustedes – contestó Dani–, pero va a ser luego de comer.

En la cena platicamos y reímos mucho por un caso que mi papá estaba llevando en el bufete. Al finalizar pasamos a la sala y allí comenzó el vía crucis.

–¿De qué quieren hablarnos? – preguntó mamá.

Daniela bebió de su copa de vino tinto – su preferido.

–Bueno, lo que tenemos que decirles es serio, pero quiero que lo tomen con calma porque todo está bajo control.

Amo a esta mujer – pensé.

–Kenia no se ha sentido últimamente muy bien de salud, por lo que se hizo unas pruebas y...

–¡Está embarazada! –dijo mi padre en son de broma.

Todos reímos por la ocurrencia del viejo.

–Ojalá así fuera – contestó Daniela –, pero no es tan bueno.

–¡¿Qué le pasa?! – exclamó mamá.

–Es leucemia – contestó Daniela.

¡Leucemia?! – corearon todos.

–Pero, ¿qué tan avanzada está? – preguntó la mamá de Daniela.

–Un poco avanzada, pero el lunes comenzamos con la quimio para pararla.

En todo este rato yo no había pronunciado palabra, pero Dani estaba manejando muy bien la situación.

–Kenia, y usted ¿hace cuánto se siente mal?

–Como hace tres meses – respondí.

–Pero, ¿por qué no había ido al médico? – reprochó mi madre con lágrimas en los ojos.

–No es tan malo mamá. La quimio me la va a parar. Voy a ser una sobreviviente, ¿no es así Dani?

–Sí suegra. La quimio va a ayudar. Además vamos a ir a Houston para otros exámenes.

–¿Es decir que no están seguros? – preguntó papá.

–Sí lo están, pero es mejor chequearse allá también – contesté.

¿Ha habido alguien más con leucemia en la familia? – le pregunté a mis padres.

–En la mía no – contestó mamá.

–Mi hermano, el mayor murió de leucemia al año de nacido – dijo mi padre con tono de culpa.

–¿No lo sabíamos! – respondí.

–Era el mayor. Murió antes que yo naciera. Tu abuela me contó.

Así siguieron las preguntas: que cuánto iban a durar las quimios, si ocupábamos dinero, si iba a seguir trabajando, cuándo era el viaje, etc.

El lunes por la mañana nos levantamos temprano. Me iba a encontrar con Dani en el hospital a la hora de la quimio.

Ella estuvo todo el tiempo conmigo, pero ninguna de las dos sabíamos lo que estaba por venir.

Recuerdo que la sesión duró como dos horas y luego volvimos a la casa. Lo que siguió ha sido una de las experiencias más devastadoras de mi vida.

Me sentí mareada y con ganas de vomitar; fui al baño y volví a la cama, tenía el televisor encendido y Daniela estaba haciendo comida; el olor me estaba volviendo loca y regresé al baño.

–¿Amor está bien? – preguntó Dani.

–Estoy sobreviviendo – contesté.

–El doctor dijo que iba a sentirse un poco mal, pero es controlable – me recordó.

Él vómito me estaba cortando la respiración. Vomité tantas veces que solo eran contracciones abdominales; ya no podía ni con mi cuerpo. Daniela me ayudaba a sostenerme en el servicio, así que optó por una cubeta.

Las náuseas y el vomito eran tan agudos y frecuentes que de mi estómago solo salía bilis, la cual corría por mi cara; ya no tenía fuerzas. Mis músculos comenzaron a contraerse; eran calambres producidos por la deshidratación. Estaba tirada en la cama con la mitad del cuerpo en el suelo; solo mi cerebro estaba funcionando. No podía moverme. Mi arritmia cardiaca era exagerada y pedí a Dios que me quitara esa pesadilla.

Daniela llamó al hospital para que enviaran unos paramédicos para controlarme, pero todo era consecuencia de la quimioterapia. Nadie hubiera creído que era una cura, no una enfermedad.

Desperté 5 horas después de mi último vómito; tenía una bolsa de suero y Daniela estaba junto a mí.

Quise hablar, pero tenía ronca la voz; era por el ácido. Solo la abracé y volví a dormir.

Al día siguiente desperté como si nada, a parte de la laceración de mi boca por los jugos gástricos del día anterior.

–Buenos días amor – dijo Dani.

–Buenos días.

–¿Cómo se siente? – me preguntó.

–Mucho mejor – respondí.

–¿Va a comer algo?; ¿Qué quiere que le prepare?

–Panqueques.

–Ya se los preparo.

–Me quité el suero y me levanté a asearme.

–Tengo que ir a la clínica. Tengo citas – dijo Daniela.

–No se preocupe, ya me siento mejor.

–Mi mamá va a venir a quedarse con usted. Ya la llamé.

–Siga con su vida. Esto es solo el principio; además pienso ir a la

oficina mañana.

–Solo si se siente mejor.

–El doctor McField dijo que solo es los primeros días, además no quiero quedarme aquí.

Seguí yendo a la oficina, pero mi rendimiento bajó un poco. Por esa razón solicité a la junta directiva que me nombrara una asistente, para no perder el ritmo que exige el puesto.

El cabello se me comenzó a caer, pero no tuvo el impacto en mí como lo de la quimio. Esto no dolía físicamente.

Opté por no ponerme nada en la cabeza; me sentía sexy. Las personas me miraban y decían: “miren esa vieja, se cree jovencita”. Eso me causaba risa. La que no parecía muy contenta era mi mamá. Decía que la gente me miraba mal y que eso no era un juego. Eso a mí no me molestaba.

Dentro de dos días era mi segunda cita para la quimio; comenzaba el martirio. Pero si quería sobrevivir, tenía que hacer dos cosas: orar y vomitar.

Fue la misma historia, pero una enfermera se quedó en la casa para atenderme antes de la deshidratación.

Esta vez pase un día más en la casa porque cayó feriado nacional. Mis papás y unos amigos estuvieron con nosotras el feriado para acompañarnos en la lucha.

El doctor McField habló conmigo y me dijo que sería bueno ir a Houston, porque el tratamiento no estaba avanzando como se esperaba. Él hizo todos los arreglos médicos y yo los administrativos.

El viaje estaba programado para una semana. Tenía que dejar todo en orden en la oficina, así que trabajé tiempo extra esa semana.

Antes de salir de viaje para los Estados Unidos, pasé por el bufete de mi papá, para hablar con él.

–Hola hija, ¿cómo está?, ¿cómo se siente?

–Hoy mucho mejor que ayer, pero ya sabe cómo es la reacción a la quimio.

Papi necesito hablar con usted.

–Dime, ¿necesitas dinero para tu viaje?

–No, el hospital cubre todos los gastos y nos vamos a quedar en la casa de la hermana de Daniela.

Quiero hablarle de mi casa. Como usted sabe, en este país uno no puede poner como beneficiarios legales a las parejas del mismo sexo; por eso puse de beneficiaria a mi mamá en el seguro de la casa y quisiera que si algo pasara la casa quedara a nombre de Daniela.

Mi padre me quedó viendo y preguntó.

—¿Qué tan mal se siente?

—Es por seguridad papá – le conteste.

—Usted no se preocupe, yo me encargo de eso. Pero no piense que va a morir, usted tiene mucha vida por delante. Es más, usted me va a enterrar primero a mí.

—No crea, mala hierba nunca muere – le dije sonriendo.

Ya me tengo que ir, voy tarde y Dani ya me está esperando.

—¿Quiere que la lleve?

—No gracias, el conductor me está esperando.

—Me llama cuando esté instalada

—Sí papá.

Luego nos abrazamos y besamos.

—No quiero que se preocupe – le pedí, y luego salí.

Íbamos a estar doce días en Houston. Nos hospedamos en la casa de María, la hermana de Daniela. Ella nos llevaba al hospital para las citas.

Técnicamente el tratamiento que me estaban aplicando en mi país era el correcto, solo que mi cuerpo no respondía, así que me iban a aplicar trasplante de médula para ver si mi cuerpo respondía.

Gracias a Dios había donante de médula, así que me sometí a la transfusión tres días después de llegar.

No sé lo que hubiera hecho sin Daniela y su hermana; mi cuerpo estaba cansado y había perdido mucho peso.

Después de la transfusión estuve interna tres días y luego salí. María y Daniela aprovecharon a ir de compras. Eso me agradaba, para que se olvidaran de mí por un momento.

Daniela y yo tuvimos tiempo de hacer ciertas diligencias antes de volver.

Yo esperaba que el trasplante funcionara; en un mes vería los resultados.

CAPÍTULO IV

La quimioterapia y el trasplante de médula no estaban funcionando como se esperaba; yo estaba consciente de que esta enfermedad es cruel y dolorosa, pero tiene una gran cualidad: te permite prepararte para cualquier desenlace. No he querido preocupar a nadie, menos a mis padres; así que toda la carga emotiva tenía que recaer en Daniela. Yo sabía que para ella era igual de duro, pero no contaba con nadie más para lo que tenía que hacer.

Estaba decidida a hablar con Daniela, así que le pedí que fuéramos al cine y luego a cenar, como cuando estábamos en etapa de conquista.

Estando en la cena ella me dijo:

–¿Usted está planeando algo? Cada vez que me invita a cenar es porque algo quiere.

–Por eso la amo tanto, no tengo que esforzarme para comunicarme con usted.

–Suelte lo que tiene que decir.

–Hagamos algo – le respondí–, comamos y luego en la casa le platico. Pero eso sí, prométame que me va a escuchar antes de cualquier objeción.

–¿Qué quiere? ¿Tirarse del bungee? – me contestó.

–No, es algo más sencillo, pero igual de emocionante.

Llegamos a la casa y nos acomodamos en la habitación. La abracé tiernamente y comencé:

–Esto es como mi testamento – le dije.

–Usted no se va a morir – me contestó.

–Las dos sabemos que sí voy a morir, y tal vez sea pronto; pero creo que puedo arreglar algunas cosas antes de que pase.

Es doloroso para mí decir esto pero necesito que me ayude con unas cosas.

Ella me abrazó y me dijo:

– ¡Está helada!

– Es que usted me pone nerviosa – le contesté.

– ¿Todavía? – preguntó en tono pícaro.

– Usted sabe que sí. Dani, usted sabe que la amo, y que si no fuera por usted, ya me hubiera pegado un tiro.

– Claro que no, usted tiene a su familia – replicó.

– Usted es mi familia más cercana ahora. Bueno, prometió que me iba a escuchar, para mí no es fácil decir esto.

– La escucho amor.

– Usted sabe que me han hecho muchas transfusiones de sangre; hasta ya me gusta que me puyen. A parte, que sin pelo y con treinta libras menos, no me siento la mujer más atractiva del país; y por su protección, no es conveniente que volvamos a hacer el amor; aunque no he dejado de desearla y eso usted lo sabe.

– Si usted así lo quiere – dijo.

– Es lo mejor y también lo correcto – le contesté.

– También quisiera que arreglemos lo de la funeraria y el cementerio.

– ¡Amor!

– Es mejor arreglarlo todo; para cuando pase, usted no tenga que preocuparse por nada. Bueno, no realmente nada. Sabe, lo que más me asusta de morir es pensar que no voy a estar con usted, aunque a veces este dolor es tan fuerte que quisiera morir ya; al mismo tiempo, sé que es más doloroso para la persona que se queda que la que parte. Allá voy a descubrir un mundo nuevo y aquí usted se va a quedar con solo recuerdos. Pero quiero que me prometa que va a seguir con su vida. Yo prometo estar siempre con usted, por siempre y para siempre; bueno cuando esté haciendo el amor con su nueva pareja no.

Las lágrimas corrían por mi rostro y Daniela estaba envuelta en llanto, pero era necesario tener esta conversación.

Pasaron algunos minutos de silencio. Daniela se acomodó en mi hombro.

– Ya hablé con mi papá para que la casa quede a nombre suyo. Él va a arreglar los papeles.

–La casa no es importante para mí – dijo con voz entrecortada.

–Pero para mí sí lo es, porque la hemos levantado juntas.

También quiero pedirle que me deje morir en el hospital. No quiero morir aquí, y no quiero que nadie me escuche desvariar. Así que cuando empiece a llamar a mis animales de infancia o a preguntar quién soy, que me duerman.

–Eso no va a pasar.

–Sí va a pasar. Cuando la metástasis llegue a mi cabeza, nada va a ser igual para mí.

Tampoco deje que mi mamá tome muchas pastillas para los nervios.

–OK. Si usted así lo quiere, por mí no hay problema; pero no le prometo lo de su mamá. Usted sabe cómo es ella. Kenia yo sé que no va a ser fácil y me alegro de que me haya dicho lo que siente y gracias por pensar en mí.

–Usted es mi vida – le contesté.

Esta era la cuarta noche de agonía de Kenia. Ya no hablaba, aunque de vez en cuando abría los ojos que miraban sin ver.

Ya los amigos y familiares se habían despedido de ella; hasta las señoras de la iglesia y el sacerdote habían venido. Los compañeros de trabajo se turnaban para acompañarme, pero en las noches, solo ella y yo quedábamos.

–Licenciada, si quiere le consigo café – me preguntó una enfermera.

–Gracias, se lo agradecería mucho.

Toda la noche ella estuvo respirando profundo y cada vez que lo hacía yo le decía que la amaba.

Temprano por la mañana, mi mamá llegó al hospital y me dijo:

– Daniela, vaya a descansar un poco, yo me quedo con ella.

–Es que no quiero dejarla sola.

–Es mejor que descanse un poco – insistió.

–Bueno, solo voy a ir a bañarme y a cambiarme a la casa. Regreso en más o menos una hora y media. Cuídela, ¿OK?.

–No se preocupe hija.

Realmente me sentía agotada, pero no podía dormir.; el sueño no llegaba a mi cuerpo. Cada segundo ella estaba en mi cabeza, en mi corazón y mis recuerdos.

Estaba entrando a la casa cuando sonó el teléfono:

–¿Dani?

–Sí mamá, ¿qué pasa? – pregunté.

–Lo siento amor... ella ya se nos fue.

Daniela voy para allá – dijo mi madre.

Colgué el teléfono sin decir palabra y lloré. Lloré como una niña a la cual su madre no la llevó un día con ella.

CAPÍTULO V

Ya han pasado más de tres años de la muerte de Kenia. La comunicación con los papás de ella disminuyó hace más de dos años.

Para poder sobrevivir emocionalmente a su pérdida, busqué otro trabajo para pasar la mayor parte del día ocupada. Mi mamá vive conmigo desde que Kenia murió.

Martín y Luisa siguen visitándome regularmente y me invitan a las fiestas familiares.

Sentimentalmente no he podido volver a enamorarme, pero tengo una gran una ilusión en mi corazón.

Hoy es un día muy especial, con muchas cosas que hacer y muchos sentimientos guardados que desempolvar; no sé lo que vaya a suceder, pero me dirijo al bufete del papá de Kenia para entregarle una carta; una carta de parte de ella.

–Buenos días, ¿se encuentra el abogado Moradel?

–No. Él está en una reunión de consejo coordinador municipal, en la alcaldía, ¿en qué le puedo servir? – dijo amablemente una joven.

–Quisiera entregarle esta carta. Por favor dígame que Daniela Álvarez la trajo.

–¿Quiere que se comunique con usted?

–Él sabe cómo localizarme. ¡Muchas gracias!

Iba camino al hospital a internarme; Martín había programado la cirugía para las 5:00 de la tarde.

–Buenas tardes María.

–Buenas tardes abogado.

–¿Llamadas?

–Sí. Lo llamó el ingeniero Artiles, su esposa, los de la compañía aseguradora y vino la señora Daniela Álvarez.

–¿Daniela?

–Sí. Vino a dejarle esta carta.

–Déjeme verla.

Tomó la carta, entró a la oficina. En el sobre se podía leer: “Para papá y mamá”. Luego la abrió:

Papá y mamá

Presente.

Espero que al recibo de esta carta estén bien de salud y ánimos.

Sé que se sorprenderán de recibir esta carta, porque seguramente ya tendré algún tiempo de haber partido con papá Dios; espero que no estén celosos por eso.

Quiero que sepan que los amo y que no importa donde esté, siempre los seguiré amando.

Pero esta carta no es para que se pongan tristes o melancólicos; es para darles una buena noticia. ¿Están listos para escucharla?

¡Felicidades! ¡Van a ser abuelos! ¡Así como lo escuchan!, o más bien leen.

¿Recuerdan el viaje que Daniela y yo hicimos a Houston para mi tratamiento? Bueno, allí aprovechamos con Dani para congelar mis óvulos para que en un futuro ella pudiera ser madre sustituta, y si están leyendo esta historia es porque ella lo logró.

Mamá y papá: ustedes saben cuánto amo a Daniela y les pido que a nuestro bebé y a ella no les falte una familia; una familia que los ame y los acompañe a través de la vida.

Con esto no les pido que sean alcahuetes, pero que sí le hagan saber a los dos que también son parte de mi familia.

No olviden que los amo,

Su hija, Kenia.

Después de leer la carta, estaba envuelto en llanto. No podía creer lo que estaba ocurriendo y miles de pensamientos pasaron por su mente; pero de Kenia todo se podía esperar. Se limpió la cara, se levantó y salió de su oficina. Le dijo a María:

– Llame a mi esposa y dígame que voy para la casa, que no se mueva. ¿Daniela dijo algo más? – preguntó.

– Dijo que usted sabía cómo localizarla.

Iba a dar a luz por cesárea. Martín lo prefirió así para evitar complicaciones por mi edad.

Mi mamá estaba acompañándome y me preguntó si los Moradel ya sabían.

– Hoy fui a dejarles la carta que Kenia les dejó, pero el abogado no estaba en la oficina.

– No van a creerlo. Va a ser un gran impacto – contestó ella.

En ese momento entró Martín al cuarto y dijo:

– ¿Está lista?

– Estoy nerviosa – contestó Daniela.

– No se preocupe, todo va a estar bien. La operación no es por alto riesgo. Además, la pediatra que me va a acompañar es la doctora Quintanilla; ella es excelente, y está soltera – me dijo con esa sonrisa morbosa y pícaro-. Bueno las dejo. La enfermera ya la va a trasladar a sala de operaciones, las veo luego.

Mi madre me abrazó y me dio su bendición. Luego entré a sala de operaciones.

Antes de que me administraran la anestesia oré y pedí a Dios por el bebé y por mi vida; también le solicité a Kenia que estuviera con nosotros, que no olvidara su promesa.

Hasta ese momento, no había querido saber el sexo del bebé; todo lo dejé en manos del Señor.

Después de hora y media, Martín salió de la sala de operaciones. Allí estaban esperando los papás de Kenia y mi mamá.

– ¡Felicidades! ¡Fue niña! – les dijo Martín.

– ¿Y cómo está? – preguntaron.

– Sanita. Pesó 8 libras y mide 54 cms. La pueden ver en sala cuna en unos 10 minutos.

–¿Y Daniela, cómo está? – preguntaron.

–¡Muy bien! Va a estar en recuperaciones unas horas; luego la van a trasladar a la habitación. No se preocupen por ella.

–¿Ella ya sabe que fue niña?

–No. Cuando despierte, las enfermeras se lo van a decir.

Al día siguiente me llevaron a la habitación. Pero a la bebé, mi bebé, ya le había dado de lactar por la noche. Es una bebé muy bella; nació sin cabello, pero es hermosa.

¿Qué más puedo pedirle a la vida?! He alcanzado metas personales y profesionales. Amé profundamente, me amaron de la misma manera y disfruto a través de mí bebé; de Clío, como su madre soñó... del fruto de este amor; un amor más allá de cualquier barrera.

Fin

¡Mis tres grandes amores!

A las seis de la tarde es la sesión de padres de familia y tutores del instituto donde estudia Lilian, mi hija. Como ya están en último año de secundaria, la sesión se tratará de asuntos concernientes a la graduación: el viaje de último año, a las posibilidades de obtener una beca internacional y dinero.

Por compromisos de trabajo no podré asistir a la sesión, por lo que le pedí a Delia – mi pareja –, que asista por mí.

Eran casi las diez de la noche cuando llegué a la casa y las dos estaban esperándome para contarme lo de la sesión.

–¡Mami! Le cuento que vamos para Cancún – dijo Lilian de manera efusiva.

–¿A Cancún? – asentí.

–Parece que cambiaron de planes, y como les ha ido muy bien con las actividades, ahora decidieron ir a Cancún. Los padres estuvieron de acuerdo – secundó Delia.

–Mami, ¿usted está de acuerdo? – preguntó Lilian.

–Claro amor. Con tal que usted y su novio estén lo más lejos posible en el viaje.

–No se preocupe amor, ya hablé con la mamá de Julio, y ellos también están de acuerdo en que los maestros los monitoreen más de cerca.

–¡Ahora ya no se puede confiar en nadie! – comenté viendo a mi hija.

–¡Como es usted mamá! Yo nunca haría eso.

–Lo mismo dije yo cuando tenía su edad – asenté.

–Pero no todas somos iguales.

–Eso sí, no todas somos iguales.

¡Bueno! ¿Alguna de mis amores quiere darme de cenar que estoy hambrienta? Esas sesiones del banco son horribles y para no perder tiempo eliminé la cena y siempre me tocó ir a dejar a dos muchachas de caja.

Cuando terminé de comer, subimos a la habitación y le dije a Lilian que soltara el teléfono.

Estando acostadas abracé a Delia y le dije:

–Para ir a Cancún, ¿necesitan permiso de salida para migración?

–Sí amor. Todavía son menores de edad. Pero no se preocupe. En el bufete le arreglo todo. Por cierto, no le había contado, pero estoy en la comisión de los permisos, usted sabe, las monjas se aprovechan de cualquier oportunidad.

–Es lo bueno de tener una abogada en la familia.

–Así es.

–¿Usted sabe que la amo? – pregunté con sentimiento.

–¡Claro que lo sé!

Me besó y luego se acomodó en mi espalda.

Esa noche no pude conciliar el sueño, pero no se lo di a entender a Delia; ella y yo somos pareja desde hace cinco años, pero vivimos juntas solo hace un año.

Delia es abogada, especializada en derecho mercantil. La conocí llevando casos de los clientes del banco en el que laboro desde hace diez años. Me dieron la gerencia de créditos al inaugurar la sucursal; ahora manejo la gerencia regional de la zona.

Lilian, mi hija, cumple diecisiete años dentro de algunos meses y ya llegó la hora de contarles a ambas la verdad. No es que me avergüence, sino que han pasado tantos años que no creí que tuviera que hacerlo.

A la mañana siguiente, antes de salir al colegio, Lilian me preguntó si podía ir al cine en la noche con los compañeros de colegio. Le pregunté a cuál cine iría y con quién se iba a regresar.

–Vamos a ir al Metropolitan, y Carlos ya tiene licencia; así que vamos a ir con él.

–Eso me preocupa más. ¿Cuántos años tiene Carlos?

–Ya tiene dieciocho, y maneja desde los dieciséis.

–Lleve el celular y cualquier cosa extraña, nos llama para ir a recogerla.

–Sí mami. También necesito dinero.

–¡Como siempre!

Le di el dinero y el bus llegó a recogerla. Como Delia es su propia jefa, no se levanta temprano, así que regresé a la habitación, me acomodé en ella y le susurré al oído:

– ¡Buenos días amor! ¿Cómo amaneció?

–Me estoy amaneciendo – dijo con voz ronca.

–Quiero pedirle que venga temprano por la noche, que necesito hablar con usted.

–Esas palabras son peligrosas.

–Si, ya lo sé, La niña va ir al cine con los compañeros, así que vamos a tener algo de tiempo para hablar.

–¿Pasa Algo? – acomodándose en la cama.

–Sí y no. Pero no se preocupe, la espero temprano.

Levantándome de la cama, le di un beso en la mejilla y me despedí. En el trabajo, di a entender que hoy regresaría temprano a casa; así que los empleados sabían que no podían surgir inconvenientes de última hora.

Al mediodía, Delia me llamó para saludarme y saber cómo iba mi día; hablamos de lo de siempre y nos despedimos.

Todo la tarde estuve pensando cómo iba a manejar la situación, ya que si la podía manejar con Delia, tendría su apoyo para manejarla con Lilian.

Cuando llegué a la casa, Delia ya estaba allí. Pensé: “¡Sí ha de estar preocupada! La pobre ni tiene la menor idea...”

—Regina, ¿ya llegó? — preguntó Delia.

—¡Hola Amor! ¡Usted vino temprano! — le contesté.

—En el bufete las cosas estuvieron tranquilas hoy, me vine temprano y aproveché para lavar una ropa.

—¿A usted cómo le fue?

—Muy bien. ¿Y Lilian ha aparecido?

—Solo vino a cambiarse y dijo que después llamaría.

—Para decir si se puede quedar en la calle por más tiempo... no conoceré a mi hija.

—De tal palo...

Bueno y ¿de qué quiere que hablemos? — preguntó curiosamente Delia.

—Sabe, voy a cambiarme de ropa. Si me prepara un vodka por mientras.

—Claro, yo voy a tomar ron. Parece que va a estar buena la charla — susurró.

Estando ya en la sala con los tragos servidos, la música de fondo y el teléfono desconectado, comencé a relatar:

—Usted una vez me preguntó por el papá de Lilian y yo le respondí que había sido un error de criterio y que lo único que llevaba ella de él, era el apellido.

—Por eso ella es Lilian Fonseca y usted Regina Prado.

—Casi. De eso es que quería hablarle. Ahora con lo del viaje de la niña al exterior hay que darle un permiso para su salida.

—Pero no hay problema porque usted es su mamá, solo necesita la firma de uno de los padres.

—Ese es el punto. Legalmente yo no soy la mamá de Lilian.

—¿Cómo?

—Sí, yo sé que esto le va a parecer una locura, pero yo no soy la madre biológica de Lilian; claro que ella es mi hija; ha estado conmigo desde los cuatro años. Eso me da autoridad de madre con ella.

—¿Y quién es la mamá?

—Se llama Georgina. Ella y yo fuimos pareja hace muchos años.

La vos se me comenzaba a cortar, solo con mencionar su nombre.

—¿Y el papá?

—Ese murió en la guerra. Nunca supimos nada de él.

—¿Y Lilian sabe esta historia?

—No. Por eso quería hablar con usted primero, porque ya va a ir a la universidad y va a manejar todos los papeles ella misma y se va a dar cuenta que yo no aparezco en su partida de nacimiento por ningún lado.

Diciendo esto, comencé a llorar.

Delia se movió a mi lado. Me sirvió un trago y me lo dio. Me abrazó. Yo no podía contener las lágrimas, pero no sabía si era por la reacción que mi hija podía tener o por el hecho de que ella volvía a mi vida.

—¿Dónde está ella?

—No lo sé, desde que la niña cumplió seis años no volvimos a saber de ella.

—¿Cómo así?, ¿las abandonó?... por lo menos a su hija.

—Éramos muy jóvenes. Esto pasó hace doce años; ella es menor que yo un año, pero cuando nos juntamos, Lilian ya había nacido.

Mejor le cuento toda la historia desde el principio para que se haga una mejor idea de las cosas.

Cuando yo estaba por terminar la universidad, conocí a Georgina. Ella estudiaba en la facultad, pero otra carrera. Nos conocimos en una de esas clases que uno siempre deja para después. Ella era realmente bonita: un cuerpo de diosa, su sonrisa me envolvió desde que la vi; a mí y a todos en la clase. Ella y yo quedamos en un mismo grupo, así que tuve la oportunidad de conocerla mejor. Allí me di cuenta que tenía una hija de tres años y que el susodicho había desaparecido. Ella vivía con la mamá y sus hermanos, en una colonia marginada en aquel entonces; ahora la colonia ha mejorado mucho.

Como estudiábamos juntas, los fines de semana ella llevaba a la niña a mi casa, donde vivíamos mi prima y yo.

Así ella se fue encariñando conmigo y comencé a conquistarla. Le diré que no fue fácil al principio hacer el papel de madre, porque ella se iba a trabajar y yo me quedaba con la niña; recuerdo que una vez le hice un biberón y me lo devolvió porque no le gustó.

Otra vez, iba a examen y se me olvidó cambiarle el pañal toda la mañana, hasta que llegó mi prima y la vio.

Yo terminé la carrera y comencé a trabajar en el banco como oficial de crédito agro forestal. Georgina se mudó conmigo, pues mi prima se regresó a su casa cuando terminó de estudiar.

A la mamá de Georgina no le molestó porque eran dos bocas menos que mantener y tenía razón, porque lo que ella ganaba solo era para transporte y la niña.

Todo iba bien hasta que Georgina conoció a un grupo de mujeres de ambiente, y como es común, se impresionó con una de ellas, empezó sus andanzas y a dejar a la niña.

Le encantaba salir a beber y la ropa de moda; bueno tal vez yo tuve algo de culpa porque no me impuse cuando me di cuenta de que salía mucho con estas mujeres; porque se suponía que salían todas.

El colmo era que en este grupo de la “alta” todas estaban emparejadas; a Georgina solo la estaban utilizando, y ella se dejó.

La mujer con que andaba era más de veinte años mayor que ella, y la relación que mantenía con su pareja era de como diez años; hasta hijos habían de por medio y era lógico que no iba a dejar a su pareja por una niña de barrio.

Pero como en todo grupo siempre están las tapaderas, había un par de gemelas que las dos eran de ambiente. Una de ellas, la más pequeña, le tapaba todo a la otra mujer. Ella también tenía una pareja de como doce años pero se las puso todo el tiempo; a veces tenía novias hasta de seis meses y la otra nunca se dio cuenta... o no quiso darse, porque en el ambiente todas sabíamos.

Bueno, esta gemela andaba con unos pelos pintados y usaba a Georgina para verla y obviamente necesitaba a su compinche.

Esas dos eran como los machos de la manada. Ellas sí podían ponerle los cuernos a sus parejas, pero hay de aquella del grupo que quisiera hacer lo mismo; le hacían la vida imposible, técnicamente las orinaban; ellas tomaban muy en serio su papel de macho.

Usted va a pensar cuál era mi papel en ese momento. Como siempre, en la casa son los últimos en enterarse. Como yo trabajaba y ella también, se suponía que iba a la universidad.

Ella se salía del trabajo, no iba a la universidad y decía que iba a salir con las compañeras de trabajo o de estudio cuando salía por la noche. Eso no era tan frecuente, porque como las dos estaban emparejadas era más fácil verse de día.

Todo reventó cuando una noche Georgina le pidió prestado el carro a una compañera de trabajo que se llevaba muy bien con ella, para irse a meter con ella a un bar que frecuentaban. Esa noche bebieron mucho y a eso de las once de la noche chocaron y deshicieron el carro de la amiga y golpearon fuerte el otro.

Como a la mujer no le convenía que la novia se diera cuenta de sus andanzas, agarró un taxi y la dejó sola; allí empezó realmente la odisea, porque no teníamos dinero para pagar los golpes; así que Georgina decidió irse de ilegal a los Estados, a trabajar para pagar.

Como a los quince días consiguió con un amigo del hermano que la llevaran. ¿Se puede imaginar lo que yo pasé?, porque no solo me estaba dando cuenta de la infidelidad, sino también de la irresponsabilidad y también aguantar el que ella se fuera.

Arreglamos todo para el viaje. Conseguí un préstamo en el banco para que se fuera; le quería dejar a Lilian a la mamá, pero obviamente yo le dije que no, que la niña iba a estar mejor conmigo y como solo era por un año más o menos, que no importaba.

Se fue, y al principio la zozobra de saber si iba a llegar bien por todas las historias que pasan en la frontera; pero llegó, y tuvo suerte porque a la semana ya estaba trabajando.

Yo me quedé con la deuda del viaje y ella tenía que pagar los carros; ese era el trato. Escribía muy poco, pero lo hacía. Al principio, los fines de semana se me hacían eternos porque no dejaba de pensarla. La extrañaba tanto... era como si la infidelidad no fuera tan importante como la partida.

Pasaron tres meses y ella mandaba de vez en cuando una carta o una postal, pero sí estaba cumpliendo con lo de los carros. Una vez escribió diciendo que estaba sin trabajo y que se quería mover del estado de La Florida a New Jersey.

Como no estaba en mis manos, ella se mudó. Solo escribió una vez desde que se mudó en cuatro meses, desde allí las cosas se empezaron a enfriar; yo ya había pagado el préstamo en el banco, así que no me faltaba dinero; a la niña siempre le hablaba de su mami y un par de veces la llevé donde la abuela.

Una vez me encontré con la señora en el banco y me comentó que Georgina le había escrito diciéndole que se iba a casar por los papeles, que había conseguido a un hombre americano y que así podía resolver su problema de residencia; ese día sentí morir, porque ella no se había dignado en escribir o llamar para contarme los planes y me tuve que dar cuenta por la mamá.

Le pedí la nueva dirección a la señora y le escribí una carta súper fuerte a Georgina, diciéndole que no era tan importante nuestra relación, desde que ella decidió meterse con otra mujer, pero que no se olvidara de su hija. Yo le había prometido cuidarla y eso haría hasta que ella volviera, pero que era una descortesía de su parte desaparecer de la vida de las dos.

Como era de suponerse, nunca obtuve respuesta; ni siquiera supe si la recibió. Para ese entonces el banco estaba abriendo una nueva sucursal aquí y me ofrecieron la gerencia de créditos. Era mejor paga y la necesidad de criar una niña; hay ventajas en una ciudad más pequeña. Me decidí y fue cuando nos mudamos con Lilian para acá. Ella tenía seis años, vino a kínder.

A Lilian la crié como mi hija, ella casi nunca me preguntaba por su mami; cuando lo hacía yo le decía que para navidad si se portaba bien y sacaba buenas notas San Nicolás la iba a traer. Así fueron

pasando los años... para ser sincera, nunca quise saber más de Georgina. No era que no pensara en ella, pero nunca pude descifrar mis propios sentimientos, si era amor o resentimiento. Ahora no estoy segura si hice lo correcto con respecto a Georgina y Lilian.

Eso nos trae aquí, ya han pasado doce años desde que Georgina se fue, y ahora tengo que explicarle a la niña lo que pasó y no sé cómo va a ser su reacción.

En ese momento rompí en llanto por segunda ocasión.

–No se preocupe amor, ella es una muchacha inteligente y la quiere. ¡Qué digo la quiere...! ¡la ama sobre todas las cosas! – compartió Delia.

–Pero no deja de ser una adolescente y uno nunca sabe cómo va a reaccionar.

–Tiene que afrontarlo. Ella salió ganando: tiene amor, salud, educación y una posición social. Usted hizo las cosas muy bien.

–Pero, si reclama por qué nunca le hablé de ella, o por qué nunca la busqué, o a la abuela...

–Yo no soy nadie para reclamarle como hizo las cosas, no es fácil criar una hija; sacar adelante una profesión y una familia. Ella tiene que entender. Posiblemente al principio llore, patalee o reclame; como usted dice es una adolescente y nunca se sabe cómo van a reaccionar.

–¿Qué va a pasar si quiere conocerla? – pregunté.

–Vamos a hacer algo. No se preocupe por el permiso de salida; de eso me encargo yo. En esos diez días que ella esté de viaje, usted pida sus vacaciones en el banco. ¿Tiene vacaciones pendientes? – preguntó Delia.

–Me deben tres años – respondí –.

–En ese tiempo nos dedicamos a buscar a Georgina, por medio de la familia de ella. Ahora la comunicación se volvió más fluida.

–¿Para qué? – pregunté –.

–Si Lilian quiere saber de su madre, es mejor que ya sepamos dónde, cómo y con quién está. La localizamos y que esté lista si la niña quiere saber de ella; como pueda que no le interese también.

–Pero ¿cuándo voy a hablar con Lilian del asunto?

–Yo le sugeriría que después que ella venga del viaje. Nos vamos a la casa de mis papás un fin de semana, para que estemos tranquilas y puedan hablar todo lo que quieran.

–¿Antes de la graduación? ¿Y si le afecta en los exámenes finales?

–Ella ya tiene pasado el año y la aplicación a las becas ya la hizo; además usted sabe lo responsable que es ella.

–Tiene razón, es mejor lo más pronto posible.

En ese momento me levanté, caminé unos pasos, volteé a ver a Delia y le dije:

– ¡No sé lo que haría sin usted amor!

–Para eso somos las parejas.

–Siento no haberle dicho la verdad antes.

–No tenía por qué hacerlo. Eso solo les competía a ustedes dos, pero le agradezco que haya confiado en mí ahora.

–Quiero ir a acostarme. ¿Quiere venir? – le pregunté.

–Mejor me voy a quedar esperando a Lilian, no va a tardar en llegar. Suba usted, yo la alcanzo después.

Nos despedimos con un beso. Subí a la habitación, me acosté y comencé a llorar. Medité: “Delia es una gran mujer. Esperó a que Lilian tuviera más edad para moverse conmigo; perseveró en esta relación y ahora está allí para acompañarme en esta aventura de la vida”.

Así pasamos las siguientes semanas. Nosotras en la vida laboral y Lilian en los preparativos del viaje de último año.

Como era de suponerse, hablamos con los papás del novio, y con ellos dos para que supieran que todos estamos interesados en que no metan las de andar en el viaje.

Así pasaron los días. Yo ya tenía arreglado lo de mis vacaciones y Delia era dueña de su tiempo, pero ya había comenzado la investigación de la dirección de la mamá de Georgina. Ella estaba muy interesada en que todo estuviera y saliera bien; algunas veces he llegado a pensar que está un poco celosa de Georgina o por lo menos de su recuerdo.

El gran día llegó. Llevamos a los muchachos al aeropuerto. Los gritos de último momento, las cosas olvidadas, las lágrimas de algunos padres que nunca se habían separado de sus hijos y unas como parte del espectáculo; Delia tuvo que usar sus contactos porque uno de los chicos tenía un problema de una letra en su permiso de salida. Fueron las dos horas más largas que no había vivido desde hace mucho. Lilian estaba nerviosa, pero emocionada. Le di las instrucciones de último momento y nos despedimos.

Delia y yo teníamos planeado salir ese mismo día a la ciudad capital para comenzar con las labores de búsqueda, así que regresamos a la casa a arreglar nuestras pertenencias; dejamos instrucciones a la señora de la limpieza y salimos.

Como no teníamos prisa, en el camino nos paramos a ver todo lo que se nos antojó, compramos una cantidad impresionante de cosas y comimos a morir; creo que es lo mejor que podemos hacer, disfrutar el viaje, más como unas merecidas vacaciones que como una aventura sin fin.

Decidimos quedarnos en un hotel, para tener mayor movilidad, ya que los papás de Delia viven en la capital; nos instalamos y esa noche nos quedamos allí.

Estando en el cuarto, recordamos las noches de escapes que tuvimos algunos años atrás cuando no vivíamos juntas, y dije:

– Amore mía, ¿cómo se siente? ¿Está cansada o quiere que salgamos a tomar algo?

– Preferiría que nos quedáramos aquí por hoy. Comí tantos elotes que no aguanto el estómago. Siento que voy a explotar.

– ¿En serio? ¿Se siente tan mal?

– No es mal, solo satisfecha.

– Venga le hago un masaje. Mejor hubiera manejado usted, tal vez hubiera comido menos.

– No lo creo. Usted sabe cómo me gusta el lote tierno.

– Claro, estoy celosa de ellos. ¿Ahora va a pasar la noche pensando en ellos, más que en mí?

– ¡Eso nunca!

– Se volteó y comenzó a besarme. Esa noche revivimos lo que tantas noches en nuestro hogar...

Al día siguiente nos levantamos casi a la hora de almuerzo y habíamos hecho planes con los suegros de ir a comer, así que nos alistamos para cumplir.

Es de más decir lo lindos que son los papás de Delia. Ellos saben de nuestra relación y parte sin novedad; estuvimos toda la tarde y luego regresamos al hotel. Ya que estábamos en la capital, dispusimos hacer uso de ese privilegio y decidimos irnos de farra a una discoteca de ambiente.

Esa noche en la discoteca, bailamos sin restricciones. Yo estaba bañada en sudor. En ese momento pusieron una canción con un ritmo suave. Delia me abrazó, limpió mi sudor con sus manos y lo frotó por su rostro y cuello. Le pregunté:

– ¿Qué hace?

Y me respondió:

– La deseo tanto, que no quiero estar ni un minuto sin usted en mi cuerpo.

En ese momento posó sus manos en mi cuello y nos besamos sin importar nada, ni nadie; éramos libres.

Hallar la dirección de la familia de Georgina no fue nada difícil; estaba en la nómina telefónica. Lo difícil era encontrar la casa físicamente, así que decidimos no complicarnos la vida y contratamos un taxi para que nos fuera guiando.

Al llegar frente a la casa me puse nerviosa. Diez años después diría “¡Hola señora!, ¿se acuerda de mí?”

Delia estaba allí para salvar la situación, así que fue ella la que tocó al portón. Salió un muchacho de unos quince años. Delia saludó:

– ¡Buenas tardes! ¿Es la familia de Georgina Fonseca?

– Así es – contestó–, pero ella no vive aquí – continuó.

– Sí, buscamos a la mamá de ella. ¿Está en casa?

– ¡Sí está!

– Dígale que es de parte de Regina Prado.

El muchacho entró a la casa. Un momento después salió de la casa con las llaves del portón y dijo:

– Dice mi abuela que pasen. Ya va a salir, está en el cuarto.

Entramos. Realmente habían mejorado su situación económica notablemente desde la última vez que estuve en su casa.

–Tomen asiento. ¿Quieren tomar algo? – dijo el joven amablemente.

–¡No gracias! – respondimos al unísono.

En la sala hay varias fotografías. En una de ellas está Georgina con dos muchachos. Quedé impresionada al ver la foto... cuando salió doña Leonor...

–¡Buenas tardes! – saludó.

–¡Buenas tardes doña Leonor! – levantándome del asiento y le di un abrazo.

¡Han pasado muchos años! – le dije.

–Así es hija. Han pasado doce años – contestó.

–Le presento a la licenciada Delia Boquín – se saludaron.

–¿Les ofrezco algo de tomar?

–¡No gracias!, su nieto ya nos había ofrecido.

–Usted se ve muy bien Regina, parece que los años no han pasado por usted, no como yo que solo soy un mar de males.

–No se crea, los años no pasan en vano.

–¿Y la niña? – preguntó – Bueno... ya no es una niña. ¿Cómo está mi muchacha? Desde que usted se la llevó no hemos vuelto a saber nada de ella; ni para las pascuas, y no se imagina como Gina pregunta por ella, y nos dice que la busquemos; que quiere saber de ella.

–Ella está muy bien. Ya está en último año de secundaria, ya va a ir a la universidad.

–¡Qué bueno! Todas las noches le pido a mi Dios que me la guarde y me la proteja.

–Gracias por sus oraciones. Dios le ha hecho caso. Ella está realmente bien.

–¿Y dónde está?, ¿No la trajo con usted?

–Anda en México, en su viaje de graduación.

–¡Mírenla a ella!

–¿Y Georgina cómo está? – entrando en detalles de la visita.

–¡Muy bien! Miren, esta es la foto de sus gemelos – tomando el retrato entre las manos –, tiene un par de gemelos de ocho años; sigue casada con Patrick, él la quiere mucho.

–Me lo imagino – respondí. En ese momento sentí como mis ojos se llenaban de lágrimas, pero contuve el deseo de llorar.

–¿Sigue viviendo en New Jersey?

–Ahora viven en Washington.

Ella se ha portado muy bien con nosotros, todo lo que tenemos se lo debemos a ella. Carina mi hija menor ya va a terminar la carrera en la universidad. ¿Se acuerda de Carina?

–¡Claro que sí!

–Mire no me lo está preguntando, pero Gina siempre ha estado pendiente de Lilianita. Cada vez que llama o escribe unas letras pregunta por ella.

–¡A eso venimos! Queremos la dirección o el teléfono de ella.

–¡Carlos! – llamando al muchacho –, consígame el teléfono de su tía Gina.

–¿Y no anda una foto de mi nieta?

–¡Sí, claro! – busqué una en el bolso –. Esta es reciente – se la mostré.

–¡Qué linda está! ¿Es alta como la mamá?

–Un poco más – respondí –. Puede quedarse con ella, le prometo que cuando Liliana venga de su viaje, ella se va a comunicar con usted.

–Gracias hija, no sabe cómo he pedido por ella – comenzó a llorar.

–No se ponga triste que ahora ella no la va a dejar en paz.

–Así lo quiera Dios y la Santa Virgen María.

En ese instante apareció Carlos con los teléfonos.

–¿Cuál es el apellido de casada de Georgina? – pregunté.

–Smith

–Georgina Smith – repetí.

Bueno nosotras tenemos que irnos, pero nos vamos a comunicar hoy mismo con Gina.

–Gracias por acordarse de mí y saludeme a Lilianita.

En ese momento nos despedimos y salimos rumbo al auto. Ninguna de las dos dijo palabra hasta llegar al carro.

–Estuvo bien la visita. Ya tenemos el número y sabemos que ella está bien – comentó Delia.

–Sí, tiene un par de gemelos – agregué.

–¿Cómo se siente amor? – preguntó Delia.

–Al principio me temblaban las manos, pero después las cosas salieron mejor; por lo menos doña Leonor no me salió con el machete desenvainado.

–Yo también estaba pendiente que se pusiera agresiva, pero todo salió bien. Vamos a buscar que comer, y luego vamos a llamarla.

–¿Desde el hotel?

–Mejor de donde mis papás. De todos modos yo pago el teléfono.

Llegamos a la casa de los papás de Delia un poco tarde, ya que nos quedamos dando vueltas por las tiendas. Delia cogió el número de teléfono y marcó.

– ¡Good afternoon! May I talk to Georgina Smith, please?

–Just wait a minute. ¡ Mom, somebody calls you!

–¡Hello!

–¡Buenas tardes! ¿Hablo con Georgina?

–Con ella, ¿quién habla?

–Un momento. Regina Prado quiere hablar con usted.

Cuando Delia me pasó el teléfono, estaba nerviosa; sabía que podía manejarlo, así que:

–¡Hola! ¿Gina?

–¡Regina! ¿Es usted?

–Sí, ¿cómo está?

–Bien y ¿usted?

–Estoy bien.

–¿Y la niña? – preguntó.

–Ella está bien también. Por eso la estoy llamando, porque necesitamos hablar.

–¿Le paso algo?, ¿está enferma?

–Ella está bien. Lo que sucede es que no sé si puede hablar ahora, o si prefiere llamo después.

–No, ¿está bien!, mi esposo no está y los niños están haciendo su homework.

–¿Cómo me contactó?

–A través de su mamá. No sé cómo decir esto, pero desde que se fue, mi relación con Lilian ha sido una relación de madre/ hija y ella no sabe que yo no soy su mamá; pero llegó el tiempo de decirle la verdad.

Comencé a llorar. Ella también.

–Yo sé que fallé, que no debí desaparecer de la vida de ambas de la forma que lo hice. Parecerá excusa, pero sabía que con usted ella iba a estar mejor protegida que conmigo.

–El punto es que yo tampoco hice nada por localizar antes a su familia.

–No importa, no soy nadie para reclamarle. Usted siempre hizo lo mejor para Lilian y para mí; fui yo la que actué irresponsablemente. ¿Ella dónde está? – continuó.

–Anda en su viaje de fin de curso. Este año termina su high school; es una alumna de excelencia académica. Tiene un novio que no me convence, pero no hay que restringirlos tanto.

–Es decir que ya va a ir a la universidad... ¿Y qué va a estudiar?

–Le gusta la psicología, pero no está realmente segura.

–Regina, mi esposo sabe de la existencia de Lilian y mis dos hijos también. No sé si mi mamá le contó que tengo gemelos.

–Sí, los vi en una fotografía, en la casa de su mami.

–Bueno, ellos saben que existe, pero siempre les dije que una hermana me la estaba criando como si fuera su hija; no es que me arrepienta de lo que fui, pero no quise entrar en detalles, ¿me comprende?

–Para mí no es problema, pero no sé cómo Lilian va a tomar las cosas. Cuando regrese de su viaje voy a hablar con ella de usted, de nuestra relación y de lo que paso después; pero quería contactarla porque como no sé cuál va a ser su reacción, posiblemente me pregunte por usted y si ella se quiere comunicar con su mamá, va a ser decisión de ella.

–La entiendo.

–Quisiera que me dé su correo electrónico para poder enviarle unas fotos de ella.

–¿Me haría ese favor?

–No es un favor, usted es su madre.

–Pero no me he portado como tal. ¿Usted cree que ella quiera perdonarme?

–No lo sé.

–Ella es una buena niña. Estoy segura que sí lo hará. No sé cuándo, pero sí lo hará.

–¿Y usted cómo está? – preguntó.

–¡Muy bien! sigo en el banco y la persona que llamó es Delia, mi pareja.

–¿Tiene pareja?

–Desde hace cinco años ya.

–Cómo me alegro. Bueno le doy mi dirección y esperaré con ansias las fotos de Lilian.

Nos despedimos. El estar en casa de los suegros no me permitía soltar el llanto, pero Delia se dio cuenta de la situación y me pidió que nos marcháramos.

Llegamos al hotel. El silencio continuó al entrar a la habitación. Delia preguntó:

– ¿Se siente bien?

–¡No! – comencé a llorar.

–No se preocupe amor, todo va a salir bien. Lilian no va a reaccionar mal o contra usted.

–No me preocupa Lilian. Yo sé que es cruel que le diga esto, pero siento un desprecio por Gina.

–No es desprecio, es un amor mal correspondido; es normal que sienta eso por ella, prácticamente las abandonó a las dos a su suerte.

–¿Y si le reflejo lo que siento a Lilian?

–No se preocupe, allí voy a estar yo para darle señales de alto.

–Gracias Delia, usted sí que se ha portado a la altura.

–Usted sabe que la amo y a Lilian también; así que voy a estar al pie de la bandera siempre con ustedes dos.

–¿Siempre?

–¡Siempre!

Al día siguiente regresamos a la casa. Después de desempacar y descansar un rato, comencé a buscar las fotos más importantes de la niña: como la graduación de kínder, escuela, la fiesta de quince años, navidades, algunos diplomas, para enviárselas por correo a Gina. Delia me ayudó a escanear las fotos y luego se las envié con una nota.

Como la niña regresaba un día jueves, decidimos irnos el día viernes a la casa de campo de la familia de Delia para así salir de todo este lío; le iba a enviar un correo a Gina explicándole los planes, cuando recibí uno de ella.

Dear Regina:

Recibí las fotos de Lilianita. Está realmente espigada. Para mí el tiempo ha pasado, pero al mismo tiempo he querido detenerlo para no sufrir por ella. Yo sé que no es fácil que me crea, pero le expreso la verdad cuando le digo que me han hecho mucha falta las dos; usted porque siempre estuvo pendiente de mí y por supuesto de la niña, (ahora después de ver las fotos me cuesta decirle la niña). Está espigada y linda. Espero que se parezca a usted en su carácter fuerte y decidido.

Estuve platicando con mi esposo de que ella ya va a finalizar high school y me dijo que si ella quiere venir a estudiar acá, nosotros podemos apoyarla en lo que podamos. Ella tiene derecho a sus papeles porque yo ya tengo los míos; dentro de poco voy a sacar la nacionalidad.

Pero si ella decide quedarse allá, también la vamos a apoyar. Ya les enseñé las fotos a mis hijos y están deseosos de conocerla personalmente. Regina, yo sé que todo esto puede ser un sueño, porque depende de lo que Lilian decida en relación a mí, pero quiero que sepa que quiero recuperar el tiempo perdido... si es que la vida me lo permite.

Siempre estaré agradecida por todo lo que usted ha hecho en mi vida.

Besos, Georgina.

Cuando terminé de leer el correo pensaba: “carácter fuerte y decidida”, y no he dejado de llorar desde que todo esto comenzó. No tuve las fuerzas para contestarle, así que esperé que Delia regresara del bufete para que ella le comunicara la decisión.

Esa noche Delia la llamó por teléfono. Ella contestó:

–¡Georgina! Le habla Delia, la compañera de Regina.

–¿Cómo está? – para romper el hielo.

–¡Muy bien! La llamo de parte de Regina, ella no se siente muy bien y se recostó temprano.

–¿Está mal?

–Nada de qué preocuparse – contestó de manera cortante.

Quería comunicarle que Lilian regresa este jueves del viaje y Regina decidió irnos a la casa de campo de mis papás para hablar con ella y me dijo que le dijera que le va a dar a ella su teléfono por si ella quiere comunicarse con usted. ¿Está de acuerdo?

–¡Sí, Claro!, ¿cuándo sería esto?

–Posiblemente el viernes por la noche, para darle tiempo de que descanse y que cuente sus aventuras.

–Me parece correcto. Yo quería agradecerle a usted también porque sé que llevan ya cinco años juntas con Regina y eso incluye también a Lilian.

–Ella y yo nos llevamos muy bien. Regina ha hecho un gran trabajo con ella, de eso usted es de lo que debe estar agradecida. – Recalcó de manera un tanto grotesca.

–Sí, yo sé lo que Regina ha hecho, y no le quede duda que eternamente le voy a estar agradecida – le respondió en la misma forma.

–Bueno en eso quedamos, buenas noches – se despidió Delia.

–¡Buenas noches!

Cuando Delia subió a la habitación, la sentí algo molesta. Como conozco el “efecto ex”, no quise hablar de la cuestión, así que hable de otros temas y luego nos pusimos a ver televisión.

El gran día llegó. Los muchachos llegaban por la tarde y nosotras habíamos pasado los últimos días relajadas. Al banco solo había ido un par de veces y todo marchaba bien; ahora era el tiempo de dedicárselo a mi hija.

Como Lilian no sabía de los planes del día siguiente, al estar desempacando en la casa le dije:

—Como mis vacaciones ya se van a terminar, hemos planificado que nosotras tres nos vamos de fin de semana a la casa de campo. Así que no desempaque todo.

—¿Cuándo nos vamos? — preguntó.

—Mañana temprano.

—Pero mamá, nosotros teníamos planes de salir con los compañeros este fin de semana —reclamó.

—Lo siento amor. Ya pasaron juntos mucho tiempo y ahora le toca pasar unos días con este par de viejas. Y por cierto, estoy segura que la mayoría de los papás no van a aceptar esa salida.

—Está bien, de todos modos quiero enseñarles las fotos que tomé. ¿Usted cree que Delia me preste su impresora?

—Pregúntele a ella.

—¡Pregúntele usted! A usted no le dice nada, mire que son un montón de fotos.

—¿Pero no las va a imprimir todas?

—Solo las mejores.

—Está bien, niña manipuladora — le di un beso y salí de su habitación.

Al día siguiente, según lo planeado, salimos temprano y en todo el camino escuchamos las aventuras de ella y sus compinches.

—¿Cómo se portó usted con su novio? — preguntó Delia.

—Bien, nunca estuvimos solos.

Eso espero — contesté —, de todas formas voy a pedirle el respectivo informe a su maestra.

Así pasamos todo el día: comiendo, bebiendo, descansando y escuchando a la niña repetir una y otra vez sus aventuras. A eso de las seis de la tarde la llamé al dormitorio y le dije:

– Amor quise que viniéramos aquí porque necesito hablar con usted de algo importante. –La cara de mi hija cambió, pero permaneció inmóvil, esperando a que yo continuara –.

Para mí este tema es importante y creo que usted ya tiene edad para hablar de ello.

–¿No es de hombres que vamos a hablar?, porque de eso ya hemos hablado muchas veces. – interrumpió.

–No mi amor, ese tema ya está revisado. Pero eso no significa que está desfasado, ¿estamos claras?

–Si mami, usted que no confía en mí.

–¿En usted sí confío!, pero no en sus hormonas. Continuando con lo que debo decirle, quiero que sepa que usted es mi prioridad y la luz de mi vida.

–¿No está enferma o algo así? – preguntó asustada.

–No mi amor, pero quiero que usted lo sepa y lo tenga muy claro, porque algunas veces los padres hacemos cosas por el bien de nuestros hijos; porque en ese momento histórico que nos tocó vivir era la única opción, o por lo menos lo más sensato; y los padres contrario a lo que los hijos piensan, no siempre lo sabemos todo.

Usted y yo nunca platicamos acerca de su papá. Hace algunos años me preguntó por qué todas las demás niñas de su escuela tenían papá y usted no, y yo le dije que a veces papá Dios llama primero a algunos papás y los convierte en ángeles guardianes para que siempre cuiden a sus hijos y que siempre y por siempre van a estar allí.

No sé si usted se acuerda de esa plática porque era muy niña.

–Un poco – contestó.

–¿Bueno! Realmente esa teoría es cierta, pero no en su caso – ella continuaba escuchando –. Su papá no ha muerto.

–¿Por eso es que usted siempre dice que me cuida? –aportó.

–Algo así, pero él no se hizo cargo de usted porque nunca le dimos la oportunidad de hacerlo; era muy joven, no tenía empleo, vivía con los papás.

–Pero esa no es excusa, porque usted sí se hizo cargo de mí.

–Si hija, lo que yo quiero decirle es que muchas veces la vida nos

pone pruebas y que no siempre somos capaces de superarlas; no todas las personas tenemos las mismas capacidades. Es como en su clase: unos son buenos para las matemáticas y otros para las letras; algo así es la vida, o como la parábola de los talentos, que usted preguntó por qué le habían dado más a unos que a otros.

–Pero, ¡no entiendo porque estamos hablando de eso! ¿Dónde está él?

–Es que quería llegar a otro punto importante – en ese momento una paz me envolvió.

Sabía que había hecho un buen papel como madre y que no había por qué ponerme nerviosa—. ¿Usted se acuerda de Gina? No se preocupe si no se acuerda, porque usted era prácticamente una bebé. Nosotras tres vivíamos en la capital antes de mudarnos para acá. Usted tenía cuatro años, ella siempre jugaba con usted y le contaba aquel cuento de “La bella y la bestia”, casi todas las noches.

–Ella decía que la bella era como ella y la bestia como usted – recordó Lilian.

–Siempre me hacía ver como la mala de la película, como me tocaba a mí regañarla a usted... Porque si no se acuerda, usted dejó de orinarse en la cama hasta los cinco años y a ella no le importaba darle líquidos a cualquier hora.

–¡De eso no me acuerdo!

–¡Más le vale! – respondí.

–Yo me acuerdo algo de ella – aportó –. Me acuerdo que ella me llevaba a una casa que tenía un cuadro que me daba miedo.

–Es la casa de la mamá de ella. Era un santo, usted le tenía miedo. Lo que estoy tratando de decir, y quiero que me entienda amor, que no solo era la casa de la mamá de Gina; también era la casa de su abuela.

–¿De la abuela de quién?

–Suya amor.

– ¿Mi abuela?

Gina es... – tomé aire – su verdadera... ¡Bueno! ¡Ella es su mamá! Lo que quiero decirle es que yo no soy su madre biológica. Ella me pidió que la cuidara, porque ella no podía hacerlo en ese momento, pero siempre estuvo pendiente de usted y sabía que estaba en buenas manos.

Hubo silencio. Las lágrimas caían por mi rostro. Ella estaba llorando también. Me acerqué, la abracé, y le dije:

– Ella siempre estuvo pendiente de usted y debe de saber que la ama, como la amo yo y ya es tiempo de que ustedes dos tengan tiempo de reconocerse como madre e hija.

Ella no dejaba de llorar, seguía en mis brazos, sabía que lo mejor, era decirle lo mucho que Gina la amaba para no crearle un mayor dolor.

–Usted debe de comprenderla y amarla como lo que es: su mamá. Puede que sea duro para usted en este momento, pero estoy segura que lo va a comprender; así como comprendió y me apoyó en mi relación con Delia. Llore todo lo que quiera, desahóguese. – le dije.

Así estuvimos unos instantes. Luego ella se apartó de mí y me dijo entre sollozos:

– Yo ya sabía que usted no era mi mamá.

–¿Cómo que usted ya sabía? – Quédé estupefacta.

–¿Se acuerda cuando nos mudamos para esta casa? Bueno, yo encontré una caja suya donde están unas cartas y fotos de ella; en las cartas ella preguntaba por mí y me acordé de ella. Yo no le quise decir nada porque pensé que usted se iba a enojar conmigo por haber abierto ese baúl.

–¿Hace cuánto fue eso?

–Cuando yo estaba en quinto grado.

–Usted sabe que no la hubiera regañado por eso.

–Es que era su secreto – respondió.

–No quise que fuera un secreto. Solo fue pasando el tiempo y las cosas se fueron dando así, como le dije antes: “los adultos no siempre sabemos que hacer”, y quiero que me perdone si le causé algún daño por no haberle hablado de ella antes.

–No mami – dijo entre sollozos .

–Bueno, lo otro de que quería hablarle es que su mamá Gina...

–Usted siempre va a ser mi mamá – interrumpió.

–Yo lo sé amor y usted siempre va a ser mi hija, pero no olvidemos

a Gina; ella la ama mucho, quiere comunicarse con usted y me pidió que le dijera que está allí para usted.

–¿Hasta ahora? – dijo en tono molesto.

–Usted debe comprenderla. Tal vez no ahora, pero en un futuro cuando tenga sus propias experiencias, se va a dar cuenta que la vida no es tan fácil de descifrar. Ella está allí ahora, tal vez dejó pasar algún tiempo.

–¿Algún tiempo? Dejó pasar dieciséis años, casi diecisiete.

–Pero allí yo tuve algo que ver. Fue mi decisión hablar con usted cuando ya tuviera la edad correcta. Mírelo desde otro punto de vista. Ahora va a tener dos mamás.

–Pero ahora ella es la bestia y usted la bella – comentó.

–Piénselo. Aquí está el número de teléfono de ella. Ahora vive en los Estados Unidos y también quería decirle que ahora usted tiene un par de hermanos gemelos de nueve años. Es innegable que su vida va a cambiar un poco, pero no la parte esencial de usted misma; usted seguirá siendo una niña linda por dentro y por fuera. Por eso estoy orgullosa de usted.

–¿Dos hermanos efervescentes?

–Algo así. Si se decide llámela del celular. Ella está esperando que la llame; pero no se sienta obligada a hacerlo, ¿estamos?

–¿Si mamá! – cogiendo el número y el teléfono.

–Voy donde Delia. ¿Va a estar bien?

–Si mamá, ¡estoy bien!

–¡Esa es mi hija! – la besé y la abracé. Salí de la habitación rumbo a un trago bien merecido.

Delia estaba acostada en una hamaca en el porche, y me preguntó:

– ¿Cómo le fue?”

–Ella ya sabía lo de Gina.

–¿Cómo así?

–Me dijo que hace unos años revisando uno de mis baúles encontró las cartas y las fotos que ella había mandado y que no quiso decir nada por temor a que la regañara.

–¿En serio! ¿Pero cómo esta ella?

–Creo que bien. Le dejé el número de Gina, para ver si la llama.

–¿Usted cree que lo haga?

–Conociéndola, sé que sí.

–Amor, ¿y usted cómo se siente? – me preguntó.

–Relajada.

–No con respecto a Lilian, sino a Georgina.

–¡Bien!

–¿Segura?

–Segura amor.

Usted sabe, que sin usted yo no hubiera podido pasar por esto, usted ha sido mi sustento emocional y no existe nadie más en mi vida – al tratar de abrazarla casi nos caemos –. ¿O es que usted está algo celosa?

–¿Celosa? Claro que no.

–Yo creo que usted está padeciendo del “efecto ex”.

–¿Cómo así?

–Todas las parejas siempre le tienen un celo especial a las o los ex, aunque no los conozcan o hayan sido de mucho tiempo atrás.

–A mí eso no es lo que me pasa, lo que sucede es que no me gusta verla triste y usted lo ha estado en estos días.

–Si usted lo dice...

Pasaron unos cincuenta minutos cuando Lilian salió. Las dos nos quedamos viendo en espera de un comentario.

–Hablé con ella – dijo suavemente.

–¿Y cómo le fue? – preguntó Delia.

–Bien. Me puso hablar con los niños y con el esposo.

–Ya me imagino cuanto me va a salir esa llamada – comenté –, pero bueno, para usted amor lo que quiera.

–Dijo que iba a venir, probablemente dentro de quince días.

–Entonces hay que hacerle una reservación en el hotel – dijo Delia.

–¡Cómo es usted! ¡Y no cree en el “efecto ex”!

–Bueno un poco, lo admito.

–Y usted, ¿qué piensa de que su mamá venga? – dirigiéndome a Lilian.

–Está bien, creo que hay que darle una oportunidad.

En ese momento Lilian se levantó a servirse refresco y Delia me preguntó:

– Amor, le quería preguntar algo: ¿Usted todavía siente algo por Gina?

–Ella, usted y Lilian, forman parte de mis tres grandes amores.

Fin

Nunca es tarde

Desde hace ya un poco más de un año he venido realizando trabajos conjuntamente con otra compañía hermana de la cual laboro. La persona encargada de esta empresa es una mujer de unos cincuenta y cinco años, con un rol de jefa ya predeterminado; y como dijo Maquiavelo “O se es querido, o se es temido”, y ella definitivamente es temida.

Nunca laboré con ella directamente, pero en muchas ocasiones nos encontramos por los pasillos de la oficina, y nos saludábamos con la mirada y una tenue sonrisa; a mí me parece una mujer impresionante. Es soltera, de una estatura media, cabello en tono marrón y ojos café.

Generalmente escucho de la media gerencia quejas acerca de la personalidad de “Mamita” como ellos la llaman. Yo prefiero no opinar porque en lo particular me siento atraída por ella y es algo que ellos jamás entenderían y mucho menos darles más de qué hablar.

Ya se acerca el último día de mi trabajo con esta compañía, y no voy a perder la oportunidad de acercarme a ella. Ya está decidido. Voy a entrar a su oficina y la voy a invitar a comer. Como dice una amiga “se va ir en voladora”. Como ya no voy a tener contacto profesional, no estaré rompiendo ningún código de ética.

Ese día después de haber liquidado mi trabajo, me despedí de los compañeros y me dirigí a la gerencia general. Esperé unos minutos, pero la secretaria me dijo que estaba en una reunión y no sabía cuándo iba a finalizar.

Abrí mi maletín, saqué una copia de mi último trabajo literario, cogí una tarjeta de presentación y escribí en su reverso: “Si le gusta, llámeme”. Lo firmé y luego agregué: “P.D. A cualquier hora”.

Le pedí permiso a la secretaria de dejarle el trabajo en su oficina y ella accedió. Lo dejé sobre su escritorio y luego salí. Antes de marcharme completamente de las instalaciones, recibí una llamada por parte de la recepcionista diciéndome que la licenciada preguntaba por mí. En ese momento me asuste; nunca me imaginé que iba a entrar a su oficina tan rápido. Respiré profundo y subí a su oficina.

Al entrar a su despacho, ella me recibió con su peculiar personalidad y me preguntó:

– ¿Qué es esto?

Como el trabajo estaba firmado con mi seudónimo, ella no entendió el mensaje original, así que le dije:

– Tengo un año de trabajar para usted y estoy segura que usted no sabe cómo me llamo.

Volteó a ver mi tarjeta y me dijo:

– Se llama Estela.

–¿Así no se vale! – le dije en forma de reclamo –, ese es mi último trabajo y ese es mi seudónimo. En verdad tengo ganas de conocerla, y como ya no trabajo para usted, decidí hacerlo.

–También yo tenía ganas de conocerla, pero como usted sabe el estrés del trabajo y la cantidad de trabajo que hemos tenido – dijo suavizando el tono de voz y cambiando su lenguaje corporal... buenas señales para mí.

–Yo entiendo el conflicto de roles, es por eso que esperé hasta hoy para hablarle y la estuve esperando, pero estaba en una reunión.

–Estoy en la reunión. Solo salí a recoger una documentación a la oficina y me encontré con esto; le pregunté a la secretaria, pero me dijo que no sabía de qué se trataba.

–¡Pero sí pedí permiso para entrar a su oficina! – comenté, para no perder mi nivel profesional.

–Le prometo que lo voy a leer y la voy a llamar. ¡Buena suerte! – se despidió dándome un beso en la mejilla, el cual respondí.

Al salir de las oficinas, me dirigí al auto y no cabía en mí. Era como si hubiera obtenido un ascenso.

Ya había pasado un poco más de una semana y todavía no tenía noticias de Martha. Ya estaba pensando en que yo no le interesaba y no sabía si buscarla, llamarla o dejarlo así.

Un martes por la noche recibí la tan esperada llamada:

–¡Hola!

–¡Aló!

–Con Estela por favor.

–Con ella.

–¡Hola! Aquí le habla Martha. Quería disculparme, porque no la pude llamar antes.

–Yo pensé que no había pasado la prueba con los poemas.

–De hecho, están muy lindos. La felicito.

–¿Es decir que me merezco un premio? – pregunté con voz picaresca.

Ella se rió y contestó:

– ¿En qué está pensando?

–Una cena, aquí en mi casa, este sábado a las seis con treinta.

Le di la dirección y los pormenores para la cena y nos despedimos.

El sábado ella fue muy puntual, y después de tomar unas copas de vino, servimos la cena. Entre conversaciones triviales ella preguntó:

–¿Por qué quiere conocerme?

–¡Porque usted me encanta! – contesté sin pensarlo.

Ella sonrió y dijo:

– Es un halago para mí, pero yo estoy muy vieja para usted.

–¡La edad no importa! – contesté.

–¡Sí importa, y mucho! ¿Cuántos años le llevo?

–Unos veinte años. Pero Carlos Gardel dijo que veinte años no son nada.

–En esta etapa de mi vida sí lo son. ¿Qué quiere usted?, ¿vivir con una mujer pos menopáusica, que solo quiere estar encerrada en su casa y terminar con el trabajo de una vida?

–¿Usted cree que no le provoca nada a mi mente y mi cuerpo? No se imagina las veces que la he deseado.

–Yo no tengo tiempo para esto – contestó con tono de cansancio.

–¡Tiempo! ¿Qué es el tiempo? No creo que usted sea una de esas personas que miran la vida útil como los que hicieron la ley de la tercera edad, que cuando una persona cumple sesenta años ya no es productiva.

–Ya no tengo tiempo de volver a empezar, de ilusionarme una vez más; y luego ¿qué?, usted es joven aún y se va a cansar de mí; no quiero sufrir, ya no más.

–Martha, usted y yo somos mujeres adultas conscientes. Qué importa que dure solo unos meses, años o toda nuestra vida; no hay por qué ponerle fecha de caducidad a lo que sentimos, porque la única excusa válida sería que yo no le guste, ninguna otra.

–Usted me llamó la atención desde el primer día que la vi, pero comprendame y lo siento.

Se mantuvo el silencio. Comprendí que no era conveniente hablar más del tema y continuamos nuestra cena.

Hoy estamos celebrando la cena navideña en la corporación, así que lo más seguro es que encuentre a Martha en la reunión. A eso de las siete y treinta de la noche, llegué a la cena y ya estaban comenzando a dar los galardones a los empleados del año.

Estuve pendiente de los movimientos de ella, que no andaba acompañada y compartía mesa con las parejas de los otros gerentes. Cuando llamaron a servir la comida, ella sutilmente cogió su bolso y se dirigió al parqueo. Yo la seguí.

–¿Se va sin cenar? – le dije.

–¡Hola! – contestó sorprendida –. La verdad es que a mí no me gustan estos tipos de reuniones.

–Si no tiene planes, podemos ir a cenar a otro lugar – le sugerí –, porque ya andamos vestidas y sería un desperdicio – continué diciendo.

–¡Está bien! – me contestó.

–Vayamos a mi casa a dejar mi carro y nos vamos en el suyo.

Después de la cena fue a dejarme a la casa. Estaba diferente, más abierta a la plática y se miraba realmente hermosa y provocadora en ese vestido ocre. La invité a pasar y accedió. No pude resistir la tentación de pedirle que bailara conmigo, lo que nos llevó a la compenetración de nuestros cuerpos. Fue fantástico, algo maravilloso que nos diéramos cuenta que en muchas ocasiones la edad... no importa.

Fin

La amo

PINTÉ UNA VENTANA
PARA VER POR ELLA
DORMIR A MI ILUSIÓN
BESÉ EL RECUERDO DE ANOCHE
Y LO ESCONDÍ EN EL CORAZÓN
PARA PODER BESARLO
AL DESPERTAR ESTA MAÑANA.

CAPÍTULO I

Son las diez de la mañana. Voy a una reunión con mi jefe, el dueño de la empresa constructora en la que trabajo.

Tengo cinco años de antigüedad en esta constructora. Comencé a trabajar después de terminar una especialización en puentes.

Mi nombre es Victoria Ábrego. Terminé la carrera de Ingeniería Civil en la universidad del Estado, como todos los miembros de mi familia que habían salido de la universidad. Éramos ingenieros por todos lados y a todos nos llamaban igual: “ingeniero Ábrego”.

Mi trabajo no me permite estar en una misma ciudad por más de un mes. Viajo constantemente a través del país en la supervisión de puentes en construcción o haciendo peritajes de los ya existentes.

A mis veintiocho años sigo soltera, pero como dice una amiga: “no solterona”.

Para una persona gay en nuestro país, como en muchos países, es difícil tener pareja estable que no le importe lo que digan los demás o lo que piense la familia.

Estoy en favor de los principios básicos de la familia y la sociedad; comprendo la cultura e idiosincrasia de mi pueblo, pero no estoy dispuesta a morir sola por no dar de qué hablar.

Aunque me considere una buena opción, no tengo tiempo de ofertarme – esa es mi excusa.

He tenido muy buenas parejas a través de mi vida, pero no han sido tiempos de una relación estable. Ahora es cuando.

Entré a la oficina de la secretaria. Nada que ver con la mía y mi territorio de trabajo en las carreteras de todo el país.

Esta oficina tiene la apariencia de una secretaría de estado hasta con alfombra roja y todo lo demás.

–¡Hola Carmencita! ¿Cómo está usted?

–Muy bien ingeniero, ¿y usted?

–Asoleada, cansada, ni siquiera he podido cortarme el cabello. Ya parezco la tía cosa; pero contenta.

–La entiendo. En el campo es difícil trabajar, pero se mantiene delgada.

–Dirá que no como – le contesté.

–No le creo – me dijo.

–Carmencita, dentro de cinco años usted va a trabajar para mí.

–Resérveme el puesto para mi hija; yo ya estoy lista para retiro.

–Usted está guapísima todavía Carmencita.

–Sí, pero eso no me quita lo vieja – y sonrió.

–Don Carlos la espera.

–¡Gracias!

Entré a la oficina de mi jefe. Climatizada, café, música, fotografías y cuadros por todas partes.

–Yo quiero una de estas oficinas – le dije.

–Yo también quería una cuando tenía su edad, Victoria – contestó.

–¿Cómo van los puentes del Bajo Aguán?

–No vamos con la fecha planificada por las nuevas lluvias, pero no creo que pasemos de 60 días de lo previsto.

–¿Qué tal su equipo de trabajo?

–Ellos bien. ¡La que está quemada soy yo!

Don Carlos, necesito vacaciones. Ya son dos años sin descansar. A veces soy yo la que quiero que siga lloviendo para descansar.

–Por eso la mandé a llamar.

El Colegio de Ingenieros está promoviendo un simposio sobre puentes en Miami. Yo no puedo ir y decidimos en la sesión de Junta Directiva que usted debe ir.

–¿Con todos los gastos pagados? – pregunté.

– ¡Claro!

–¿No es broma?

–¡Por supuesto que no!

Pero si no puede, mandamos a otra persona.

–Solo diga cuándo me voy.

–El simposio es lunes, martes y miércoles de la otra semana; Carmencita va a hacer las reservaciones.

–Pero, ¿puedo quedarme un par de días más?

–Sí. Pero la empresa no reconoce esos días.

–¡No importa!

–Bueno. Deje todo bajo control.

Carmencita le va a ayudar en los trámites

–¡Gracias don Carlos!

–Gracias a usted, y ¡diviértase!

Salí de la oficina con una cara de felicidad que no cabía en mí, y no era por las vacaciones sino por el lugar: Miami, South Beach – el paraíso gay de Florida –, y Disney World.

Inmediatamente le dije a Carmencita que iba a traerle mi pasaporte y volví a mi oficina.

Como a las seis de la tarde salí de la oficina y pasé por un restaurante de comida rápida para comprar la cena.

He vivido sola por casi diez años y no me gusta cocinar. Tengo una tía que me dijo una vez: “La mujer que aprende a cocinar, pasa toda su vida metida en una cocina”. Solo se le olvidó decir que “tampoco ahorra”.

Entré al apartamento, mi lugar preferido. Como paso mucho tiempo en el monte, he aprendido a disfrutar de las etnias y sus artesanías. El ambiente que le he dado es muy artesanal, con motivos originales de cada etnia.

Después de cenar, fui al escritorio para planificar mi viaje. Busqué mi pasaporte, verifiqué las fechas de las visas y gracias a Dios todo estaba en orden.

Luego llegó la parte más importante: cuánto dinero tenía para gastar y disfrutar de todos mis planes.

Chequé mis cuentas bancarias, hice cálculo a dólares, luego sumé lo de los viáticos y pensé: “¡Es suficiente!”.

Careen mi prima, vive en Miami. Encendí la computadora para contarle que llegaría la próxima semana y cuáles eran mis planes.

careena@hotmail.com

¡Hola fea!

Le cuento que me envían a un simposio a Miami la próxima semana y tengo cuatro días para mí después. Llego este domingo para que me vaya a recoger al aeropuerto.

Haga tiempo para que vayamos a Orlando a Disney World. Primita necesito que me conecte con alguien para ir a la disco.

Bueno mañana le escribo para darle más detalles.

Con cariño, Vicho.

Envíe el e-mail y soñé despierta. En verdad me emociona el poder salir del mismo medio y divertirme.

La mañana siguiente llegué a la oficina de la gerencia y como siempre, estaba Carmencita feliz. Me saludó efusivamente.

–¡¿Qué tal ingeniero?!

–¡Muy bien! ¿Y usted cómo amaneció?

–¡Bien! Ya tengo sus papeles. Solo necesito el pasaporte para la reservación aérea; el hotel, la inscripción y sus viáticos están para la tarde.

–¡La amo!

–¡Todos me aman!

En la tarde, volví a recoger los documentos antes de irme a la casa.

–Ya estoy aquí.

–Aquí están sus documentos y su plata.

Tiene que estar en el aeropuerto a las 5:00 a.m.

–¡Gracias Carmencita!

–No hay por qué.

–La veo el otro lunes.

–¡Cúidese mucho Victoria!

–¡Gracias, y adiós!

Como era viernes por la tarde, decidí ir a visitar a mi tía, la mamá de Careen para preguntar si se le ofrecía algo.

Cuando salí de la casa de mi tía, parecía que ya iba para el aeropuerto; le mandaba una provisión completa. Eso no me molesta porque yo no llevaba nada.

Esa noche decidí llamar a Sandra, una amiga de ambiente para ir a la disco y divertirnos un rato.

Como Sandra nunca dice no a la parranda, quedó en recogerme a las 9:30 p.m.

Esa noche encontramos a diferentes personas que solo mirábamos allí.

Cada día aparecían nuevas personas del ambiente o nuevas conquistas.

Nos tomamos algunas cervezas, bailamos y a Sandra le salió conecte para esa noche, así que tuve que hacerle de violín hasta llegar a mi apartamento. Pero fue divertido.

El domingo me amaneció temprano, cosa que odio. Sandra y su amiga pasaron la noche conmigo para no tener que madrugar. A las 5:00 a.m. ya estábamos en el aeropuerto.

Sandra se despidió con un abrazo y dijo:

–Me tengo que ir. Lo siento, pero no he dormido nada.

–OK, y ¡gracias!

–Le debo una.

–Lo sé.

–Cúidese y se divierte por mí.

–¡Ni lo dude!

Salimos de la ciudad como a las 7:30 a.m., es decir que llegaríamos a eso de 10:00 a.m. hora local.

Careen estaría esperándome con su nuevo novio Walter para llevarme al hotel. Los primeros días durante el simposio me hospedaría en el hotel, por llevarse en el mismo lugar y porque la empresa paga; los últimos me mudaría con Careen.

Salí de migración y allí estaban. Tenía tanto tiempo de no ver a Careen que la impresión fue grande. Nos abrazamos y besamos, saltamos de la alegría y Walter solo se reía al lado.

–Victoria, este es Walter.

–¡Hola primo! – contesté.

–¡Qué euforia la de ustedes dos! – aseveró Walter.

–Es que nos escribimos casi todo el tiempo, pero no nos habíamos visto en casi cuatro años –asintió Careen.

Walter ayudó con las maletas y fuimos al estacionamiento. Mientras Walter metía las maletas, Careen me preguntó viendo hacia el galán:

–¿Qué tal?

–Está bien bueno – contesté.

–Bueno muchachas, ¡estamos listos!

–¿Para dónde vamos? – preguntó Careen –, ¿al hotel o a la casa?

–Yo diría que a la casa y en la noche al hotel, para que comamos algo y entregarte el supermercado que te mandó tu mamá.

Ya en el apartamento de Careen, Walter preparó la comida. Como toda miembro de mi familia, también había recibido el mismo consejo y lo había seguido al pie de la letra.

–Bueno, ¿cuáles son los planes? – pregunté.

–Usted manda – contestó Careen.

–Mañana tengo que estar hasta las cinco en el simposio, pero no quiero perder tiempo.

–En este país no se pierde tiempo – dijo Walter.

–Mira Vicho – dijo Careen –, (Vicho es mi diminutivo en la familia) tengo un amigo gay que se llama John. Ya le hablé y dijo que podemos ir a South Beach mañana.

–Bien, esa es mi prima favorita.

Walter, supongo que es mente abierta

–No se preocupe por eso.

Como a las 7:00 p.m. llegamos al hotel. Careen y Walter se despidieron.

En el cuarto, ya acostada platicaba con mis ángeles guardianes y les comentaba que teníamos que disfrutar esta semana.

CAPÍTULO II

Careen, su novio Walter y su amigo John pasarían por mí a las 9:30 de la noche para ir a la disco en South Beach. Había escuchado tanto de las discos en ese lugar que me moría por ir.

Llegué del simposio a eso de las 6:30 de la tarde; mi primer día fue de más presentaciones y credenciales y una que otra conferencia interesante. Era definitivo que el simposio no era mi prioridad.

Cené en la habitación y descansé un poco.

A las nueve comencé a vestirme; muy conservadora, pero libre. Al estar frente al espejo pensaba: “¡Espero bailar como loca...!, y al mismo tiempo, conocer a alguien”.

Ese pensamiento me causaba un poco de temor. No es lo mismo una disco gay en mi país, donde prácticamente todas las personas de ambiente se conocen, que estar en Miami.

Toda mi esperanza radicaba en que John me presentara a alguien con quien bailar.

Terminando de alistarme estaba cuando sonó el teléfono. Era la recepcionista:

–Disculpe señorita Victoria, la buscan en el lobby.

–¡Gracias! En un momento bajo.

–¡Hola!

¡Hola! – contestaron.

–¿Listos?

–¡Estamos listos!

–Victoria, él es mi amigo John.

– ¡Encantado!

– ¡Es un placer! – contesté.

En el camino hablamos de las conferencias y cómo le había ido a Careen en el trabajo ese día.

Walter replicó: “Dejen ya de hablar de obligaciones y hablen de diversión”.

– ¡Así es mi hermano! – secundó John.

Casi cincuenta minutos después llegamos a South Beach. Obviamente yo estaba perdida, no sabía por dónde andábamos. Es más, ni siquiera sabía la dirección del hotel donde estaba hospedada.

– ¡Ya llegamos! – dijo Careen –. Primita, ¡a divertirse!

– ¡Yes! – contesté.

La disco se veía concurrida. Tal vez porque era una disco mixta, por no decir “unisex”.

Me bajé del auto y leí el nombre del local: “One&One”. Ahhh, si se llama uno a uno no está mal – pensé.

– Bueno aquí vamos – dijo Walter.

Compró los boletos y entramos.

Al entrar me sentí emocionada. La música retumbaba; era una canción de Madonna la que estaba sonando y empecé a moverme al ritmo de la canción.

Localizamos una mesa a unos tres metros del bar lateral. La disco contaba con tres bares; tenía un ambiente decorado con pedazos de cosas, trozos de carros, ruedas de motos; era como un yonker sobre nosotros; había un timón de carro antiguo. One&One era como un museo de partes de vehículos. El sonido de la música era muy alto y el ambiente estaba impregnado de humo de cigarrillo.

– ¿Qué van a tomar? – preguntó la mesera.

Un tequila y tres cervezas – respondió Careen.

Todavía me acuerdo de sus gustos Vicho.

Contesté con una sonrisa.

La música seguía pegajosa. Miré a John y lo invité a bailar. Él contestó: “¿Qué van a decir mis fans?”. Se levantó y me tomó de la mano.

Estando en la pista, John me empezó a dar referencia de algunas personas que estaban en la disco:

–Mire, ese chico es de Colombia. El de la camiseta de licra color púrpura, es un típico gay; un cuerazo, todo estaba en su lugar y un coqueto de primera.

Salí un día con él. No estuvo mal – dijo John.

Sonreí.

–Este otro chico también se llama John. Es médico y es cubano.

–Debería de trabajar en la OEA – dije.

–No querida, en la ONU – contestó con una carcajada.

Terminamos de bailar y regresamos a la mesa. Careen y Walter estaban con su bebida a la mitad.

–No los esperamos para brindar, pero ¡por usted Victoria! – dijo Walter, y levantó la cerveza.

¡Salud! – dijimos todos.

John localizó con la mirada a un amigo:

– ¡Con permiso! Mis obligaciones me llaman – y se retiró.

En ese momento, busqué a la mesera que nos estaba atendiendo y vi sentada en el bar a una mujer que me sorprendió. No podía dejar de verla y cada momento volvía la mirada hacia el bar. ¡¿Cómo explicar la impresión que me causó?! Era una mujer delgada, pelo liso, color negro; estaba tomando vino tinto, lucía espléndidamente atractiva.

Al cabo de un rato, John regresó con una amiga, la cual me presentó y fuimos a bailar. No puedo negar que nos divertimos mucho bailando; era colombiana de la ciudad pachanguera de Cali. La chica del bar seguía disfrutando del vino en el mismo lugar. Estando en la pista de baile, me di cuenta que lo que más me llamaba la atención de ella era su sensualidad.

Tenía una sensualidad que se podía palpar; se distinguía de todas las mujeres en la disco. Era una mujer súper sensual y estaba sola.

Fer, la chica de Cali me preguntó:

–¿A quién está viendo?

–A la chica de ropa oscura que está en el bar – contesté.

–Estamos en América – me recordó -. ¡Vaya por ella!

–No, soy una cobarde.

–¡Claro que no!, ¡vamos!, se la presentaré.

–¡Eso nunca! – respondí.

La tomé de las manos y seguimos bailando. Al regresar a la mesa, me disculpé para ir al tocador de damas.

“Al fondo a la derecha”, contestaron en son de burla.

Al salir del sanitario, me sorprendí al verla.

–¡Hola! – me atreví a decirle.

–¡Hola! – contestó ella.

Me lavé las manos y le dije:

–Ha estado ausente toda la noche.

–¿Perdón? – contestó.

Toda la noche ha estado en el bar sin bailar – le dije -. Si quiere bailar estoy a la orden.

–Lo tomaré en cuenta – respondió.

Salí después de ella y me dirigí hacia la mesa. ¡Increíble!, hubiera sido más fácil invitarla a una copa – pensé.

–En la mesa Careen dijo:

– Tenemos que irnos a la una porque hay que trabajar mañana. Fer se había quedado con nosotros en la mesa y me preguntó:

– ¿Se atreve, o no?

–Ya le hable en el baño – contesté.

–¿Y?

–¿Y qué?

–¿Cómo le fue?

–¡No tengo idea! – respondí.

Pero insisto... ¡Qué mujer!

Regresamos a la pista con Fer y no podía dejar de verla. Esa mujer me había impresionado.

En la mesa pedimos una ronda más.

En ese momento, ella se acercó a la mesa y me dijo:

– Acepto la propuesta.

Me levanté emocionada y fuimos a bailar.

Mi impresión era tan grande que no dejaba de admirarla. Obviamente ella se percató. Olía riquísimo y le dije:

–¡Qué bien huele!

¡Gracias! – contestó.

–¿Cuál es su nombre?

–Kate.

–Soy Victoria.

–Mucho gusto Victoria.

–No he podido dejar de observarla toda la noche – me atreví a decirle.

–Me he dado cuenta – me contestó.

–¡Eso es trampa!

–¡No es cierto! – se sonrió.

Me percaté de la hora.

– Lo siento pero tenemos que irnos, tenemos compromisos temprano.

–Yo también – contestó.

–¿Va a regresar mañana? – pregunté.

–¿Mañana? ¡ No lo sé!

–¿Y pasado? – insistí.

–¡Es muy insistente! – me replicó.

–¡A veces! Es que no voy a estar mucho tiempo por acá. Ando de vacaciones y quisiera volver a verla pronto, si se puede.

–¡OK!, nos vemos aquí mañana a las 10:00 p.m.

—¡Es una promesa!

Regresamos a la mesa y todos se levantaron para irnos.

Me despedí y le recordé:

— ¡Es una promesa!

Llegué al hotel a las dos de la madrugada. Por arte de magia, no tenía sueño ni me sentía cansada.

Me acosté pensando en Kate; en Kate a secas... confiando en la promesa de vernos por la noche.

Logré llegar a la primera conferencia a tiempo pero me había levantado con mucho sueño.

La conferencia era de resistencia de puentes en época de desastres, la cual fue dictada por un PhD de México.

Fue muy interesante y las aportaciones de los participantes ayudaron a que fuera muy interactiva.

A la hora del almuerzo me comuniqué con Careen y le pregunté sobre la ida a Disney.

—No se preocupe, pasado mañana iremos. Todo está cubierto.

—Una pregunta, ¿sí?

¿Podemos ir hoy a la disco?

—¿Hoy? ¿Otra vez?

—Sí, es que tengo una cita

—¿Con la chica de anoche?

—Sí. su nombre es Kate. Prometí verla hoy.

—Lo siento. Hoy ceno con mi jefa, pero le voy a preguntar a Walter si puede ir a dejarla.

—Se lo agradezco.

—No hay problema.

En el resto del almuerzo, no pasó un momento en que no pensara en ella. Mi mente era solo ella. Era una sensación que desde hace mucho tiempo no sentía; ¡Kate era increíble! La sensualidad que expiraba por su cuerpo se podía tocar; su olor estremecía mi cuerpo.

Quería que las horas pasaran rápidamente, deseando que ella no rompiera la promesa de llegar.

A las 9:00 p.m., Walter estaba esperándome en el lobby para llevarme a la disco. Antes de eso, recogí una tarjeta del hotel.

A las diez menos cuarto ya estábamos llegando a ONE&ONE.

Walter sabía que tenía que entrar conmigo a esperar mi cita o mi plantón.

Walter dijo:

– ¿Está segura de esto? Sé que no es su estilo.

– ¡Lo sé!, pero ya estamos aquí.

Nos instalamos en el bar y pedimos unas cervezas, cuando ella llegó.

–Hola!

¡Hola! – contesté –. Él es Walter, un amigo.

–¡Hola Walter!

–¡Hola!

–Bueno muchachas, ya tengo que irme.

–¡Fue un placer!

–El placer es mío – dijo Kate .

–Me alegro de verla – le dije.

–Yo también me alegro de estar aquí.

–¿Quiere tomar algo?

–Una cerveza está bien.

Nos sentamos en la misma mesa de la noche anterior. Yo estaba anonadada viéndola.

–¿Quiere bailar? – pregunté.

–¡Bueno!

Estuvimos bailando por aproximadamente 25 minutos. Su olor me tenía trastornada. Había algo en esa mujer que me revolvía la libido.

Volvimos a la mesa y pedimos otra tanda de cervezas.

Le expliqué lo que hacía en Miami y algunas anécdotas de mi vida.

Ella se llama Kate Random. Trabaja en bienes raíces, tiene una maestría en Negocios y acaba de romper con su pareja.

Regresamos a la pista, bailamos muy despacio; yo acariciaba muy suave su espalda, cuando ella hizo lo mismo con mi cuello. Era un momento que no quería que pasara. Era un momento para la eternidad.

Solté un suspiro, volvió a verme y dijo:

– ¡ ¿Y eso qué fue?!

–Un deseo reprimido – contesté.

Me miró por un breve instante y me besó.

Después de bailar, regresamos a la mesa. Miré el reloj y pregunté:

– ¿Hasta qué hora tenemos?

Sería bueno irnos ahora.

–¡¿Ahora?!

–¡Sí!, ¡ahora!

–¡OK!

Solicitamos la cuenta y salimos.

En el carro, le pregunté si quería verme al día siguiente, y me contestó con otra pregunta:

–¿Quiere verme?

–¡Claro!

Usted me llama mucho la atención – le dije, y volví a besarla –. ¿Comemos juntas en el almuerzo? – le pregunté.

–¡Eres increíble! Mejor nos vemos en la cena. Paso por ti al hotel a las 8:00 de la noche.

Al bajarme del carro y despedirme le dije:

– Piense en mí. Y entré al hotel.

Al día siguiente, para variar no podía levantarme; así que llegué un poco tarde a las conferencias. Era miércoles, el último día del simposio; así que tenía que divertirme mucho: sacar direcciones, recibir diplomas, sin olvidar el cóctel de despedida.

En la última conferencia pase el 90% del tiempo pensando en Kate y el otro 10% dormida. Leí un poema y transcribí un verso para ella:

DESEOS DE ESTA NOCHE

*ESTA NOCHE ME HACE PENSAR EN TI
ME HACE DESEARTE
ME PROVOCA BESARTE
ME INSPIRA DECLAMAR UN POEMA
QUE HABLE DE LAS MARAVILLAS
DE UNA EMOCIÓN QUE DESCONOZCO.*

Mis compañeros me eligieron para dar las palabras de despedida del grupo. Ya me había tomado seis coca colas en el transcurso del día.

Al momento de la despedida, me levanté del asiento; tomé el micrófono y con voz sensual de dos noches de desvelo, dije entre otras cosas:

– Cuando esté cerca de un puente en una tormenta con el agua hasta los tobillos, pensaré: “lo hice tan bien que no se lo llevó el río”; tampoco voy a tener más trabajo. Por eso comí y bebí como indigente en el simposio”, así que es para mí un honor invitarlos al Cóctel.

¡Muchas gracias!

Me despedí de los compañeros y busqué ayuda en la recepción del hotel para prepararme para la noche; mi gran noche.

Me gusta mucho la música del Puma y siempre cargo mi CD player; pero necesito una grabadora grande, dos botellas de vino tinto, dos copas y mucho tiempo.

En la recepción se pusieron las pilas, me consiguieron todo lo necesario. También me pusieron unos preservativos en el baño. ¡Bueno! – pensé –, por lo menos cuidan a sus clientes.

Como quedamos de vernos a las 8:00 de la noche y ya eran las 8:10, me empecé a poner nerviosa y por fin sonó el bendito teléfono:

–¡Hola!

–¡Hola Victoria! ¿Lista para ir a cenar?

–Si no le molesta, podemos comer aquí – dije.

–¡Bueno! – contestó.

–¡Perfecto!, la espero en el cuarto.

En unos minutos tocaron a la puerta.

–¡Hola Kate! ¡Bienvenida!

–¿Qué tal Victoria?

La saludé con un beso en la boca. No sé cómo describir lo que el olor de su cuerpo le hace al mío. Solo sé que se acelera mi corazón y hasta me causa un pequeño mareo. Es casi imposible dejar de sentirla.

–Me encanta su olor – le dije.

–¡Gracias! – contestó.

–¿Cómo estuvo su día? – preguntó Kate.

–Acelerado, cansado.

¿Y el suyo?

–Casi me duermo en una reunión.

–Si...ya no tenemos edad para esto.

–No es la edad – dijo Kate –, pero después le explico.

–Pidamos la cena.

Kate pidió conejo a la naranja, vino blanco, una ensalada de caracol de entrada.

Yo pedí langosta en mantequilla y mucha coca cola.

Durante la cena entramos a una plática más formal; preguntas sobre la edad, última relación formal, la familia, actividades extra curriculares y lo mucho que me gusta.

Kate comenzó diciendo que tenía 35 años. Su última relación duró cuatro años y medio, pero acabó hace solo unas semanas; le gusta navegar en la red y el cine.

Por otro lado, su familia vive en Chicago y se mantienen siempre en contacto. Tiene un apartamento en Miami.

–¿Pero ya todo se acabó con su ex pareja? – le pregunté –, ¿o está en periodo de luto?

–Bueno, ¡así parece! – y dejó entrever que no quería tocar el tema.

–Yo colecciono estampillas y artesanías nacionales; duermo todo lo que puedo, mi padre murió cuando solo tenía 10 años, estude Ingeniería Civil y mi última relación formal olvidé cuándo fue; soltera y sin hijos.

En ese momento saqué el poema y se lo di.

Kate me quedó viendo fijamente. Me puso nerviosa. En ese momento le pregunté:

—¿Quiere bailar?

Puse la canción “La llamada del amor”, cantada por El Puma; la abracé suavemente y comenzamos a bailar.

Estaba en el cielo... su cuerpo delgado, su olor, un cabello perfecto... para mí en ella todo es perfecto.

Al terminar la canción, le ofrecí una copa de vino la cual aceptó, y seguimos bailando al ritmo suave y romántico de la música.

La abracé suavemente, acaricie su espalda, mi ritmo cardíaco se aceleraba, no podía evitar el suspirar constantemente, mi cuerpo ardía; en ese momento...me besó. La música seguía tocando; las dos seguíamos al ritmo suave y sensual de las canciones.

No pude calmar mi cuerpo, cada vez ardía más. El de ella estaba igual. La abracé fuertemente y la música pasó a un segundo plano.

Comencé a acariciarle todo el cuerpo, le quite suavemente la ropa; ella hizo lo mismo. Terminamos en la cama. Su olor se había vuelto tangible; una luz tenue hacía que su cuerpo luciera como una obra de arte.

Tomé el vino, usé su cuerpo como copa y lo degusté suave, muy suavemente por todo su cuerpo.

El vino combinado con sus fluidos vaginales detonó en una noche interminable de pasión.

CAPÍTULO III

A la mañana siguiente, ella ya había salido y encontré unos versos sobre el televisor:

*AÚN NAVEGA EN MIS LABIOS
COMO UN BARCO SIN TIMÓN
LA SALIVA DE TUS LABIOS
BAUTIZANDO MI ILUSIÓN*

*ATESORO LA HUMEDAD
DE TU BOCA EN MI BOCA
Y DOS DESEOS QUE SE HAN HECHO UNO
NAVEGAN EN ESTA PROA.*

P.D. Me llama. 555-6589. ¡Fue increíble!

Kate

Como era jueves, tenía que dejar el hotel y mudarme con Careen. Llamé a Walter para que pasara por mí al hotel.

Cuando llegamos a la casa lo primero que hice fue comunicarme con Kate.

–¡Hola! – dijo ella al teléfono.

–Hola Kate! – contesté.

–Gusto de oírla.

–El gusto es mío.

–¿Cómo pasó el día?

–Tuve que venirme temprano porque no aguantaba el sueño. Mi jefe me preguntó si estaba enferma y le dije que me quería dar influenza. Me despachó para no contagiar a los demás.

–¿Así que tiene el fin de semana para usted?

–Así párese.

–¿Cuáles son los planes? – le pregunté.

–Estoy muerta de cansancio, pero prometo verla mañana temprano.

–Se supone que tengo planes de ir a Disney con Careen.

¿Usted quiere venir?

–¡Me encantaría!, pero me estoy mareando fácilmente y si uno no disfruta de los juegos no vale la pena ir.

–Entonces yo tampoco voy.

–Usted estaba emocionada por ir en sus vacaciones a Disney.

–Sí, pero no la conocía todavía.

Me voy el domingo para mi país, así que si está de acuerdo voy a pasar el fin de semana con usted.

–Victoria, para mí es más que un placer.
–¿La puedo llamar más noche? – le pregunté.
– ¡Claro!
–Buenas tardes y descanse.
–¡Adiós!
Caren ya había vuelto del trabajo.
–¡Hola Vicho! ¿Cómo la pasó anoche?
Fue la mejor noche de mi vida – le contesté.
Ella es increíble, tiene que conocerla.
Bueno creo que ya cambiamos los planes Caren, no creo que podamos ir a Disney mañana.
–¿Por qué?
–Porque el domingo me voy y no me va ajustar el tiempo para estar con Kate.
–¿Por qué no la invita?
–No puede
–¿Ya le preguntó?
–Sí, y tiene tres días de desvelo.
–Es que ustedes no han perdido tiempo, ¿verdad?
–Caren ¡ella es la respuesta a mis oraciones!
–No es la primera vez que escucho eso.
–Esta sí es real.
–Bueno y, ¿qué tan pegada está?
–Primita, ¡ella es increíble!
¿Podemos invitarla a comer?
–Claro, ¿cuándo?
–¡Hoy!
La tengo que llamar, pero me dijo que estaba cansada, así que usted se la enamora.
–No hay problema, de todos modos Walter cocina.

Cinco minutos más tarde ya la estaba llamando:

–¡Hola!

–Hola Victoria

–Sabe ya le extraño – le dije.

Careen mi prima quiere hablar con usted, aquí se la paso.

–¡Hola Kate!, le habla Careen, la prima de Vicho.

Oh!, no le había dicho que así le decimos en la familia.

–No, se lo tenía escondido.

–Bueno la llamo para invitarla a cenar hoy, ¿sabe?!, Walter va a cocinar.

No vamos a aceptar un “no” de respuesta, que quede claro.

–Gracias, pero estoy cansada.

–Eso no lo dudo – dijo Careen con una sonrisa morbosa dibujada en su cara.

–¡Está bien! A las 8:00 p.m.

–Por mí, es perfecto. Escriba la dirección.

Mientras Careen le daba la dirección, yo estaba dando brincos de la emoción.

Cuando faltaban unos cuarenta minutos para las 8:00 p.m., tocaron a la puerta.

–No creo que sea ella. Es muy temprano – comentó Walter.

–Yo abro – le dije.

–¡Hola John!, pase.

–Hola querida, ¿cómo van sus vacaciones?

–¡Muy bien!, llegó a tiempo para la cena – le comenté.

–¡Hi John! – dijo Careen –,no había sabido nada de usted desde el lunes.

–Tuve una semana única en el trabajo; tuve que viajar y los viajes son muy cansados para mí.

–Llega a tiempo para la cena – repitió Walter –. Y cuéntenos, ¿qué hay para el fin de semana?

–Vamos a irnos de reventón con unos amigos y el resto del fin de semana voy a descansar.

Cuenten, ¿ y la cena es en honor de qué?

–Es para celebrar el romance entre Victoria y Kate, la muchacha de la disco de la otra noche.

–¿Victoria ligó a alguien? ¡Me asombra!

–Sí, se llama Kate – le contesté –, no tarda en llegar.

Para mí era importante que Kate se sintiera cómoda con mi prima y los demás, porque si se agradaban sería fácil mantener una comunicación después de mi regreso.

Eran las ocho y cuarto y ella no llegaba; la mesa estaba prácticamente servida, solo faltaba el plato principal que como eran camarones en mantequilla, se tenían que cocer al momento.

Los demás departían en una plática de los chismes de la semana. Yo estaba pensando en mi regreso y la necesidad que tenía de estar con Kate.

A los pocos minutos sonó el timbre y salí a su encuentro. La etapa de enamoramiento es una de las más emotivas en las relaciones porque al verla, mi ritmo cardiaco en definitiva se aceleraba.

–¡Hola! ¡Bienvenida!, pase.

–Gracias. Perdón por el retraso.

–No hay problema.

–¡Hola Kate! – dijeron al unísono.

Nos sentamos a la mesa, pasamos una divertida cena y también muy sabrosa.

Al terminar dije:

–Primita usted está salvada con un chef como este.

–Las privilegiadas somos pocas – contestó.

Recogimos la mesa, los hombres se fueron a la sala. Para variar nos tocó a las mujeres poner en orden la cocina.

Mientras estábamos en la tarea, Careen pregunto cuáles eran nuestros planes para el fin de semana.

–Me gustaría pasar con Victoria hoy y mañana si no le molesta que se la robe.

- Por mí no hay cuidado. Es más, se la regalo.
–No es para tanto – dijo Kate terminando en una gran carcajada.
–¡Gracias! – contesté –, no pensé que estaba en oferta.

CAPÍTULO IV

Al llegar al apartamento de Kate, eran pasadas las 11:00 de la noche; llegamos y nos acomodamos en la habitación principal. Encendió el televisor y comenzamos a platicar de cómo la habíamos pasado en la cena.

–Estuvo increíble el tiempo con Careen y los muchachos – aseveró Kate.

–Sí, la pasamos de maravilla con ellos, pero lo mejor es que ya estamos juntas y solas.

Nos besamos y estuvimos sumergidas en un abrazo fuerte y tierno a la vez.

–¡Bueno!, cuénteme, ¿cuánto tiempo estuvo de pareja con su ex? – pregunté.

–Un poco más de cuatro años.

–¿Y por qué terminaron?

–Bueno yo consideraba que ya estábamos listas para formar una familia y ella no estaba muy de acuerdo.

–Pero, ¿por qué? – pregunté.

¿Es por lo de la forma de fecundación? ¿No quería que tuviera relaciones sexuales con un hombre? – pregunte de nuevo.

–No realmente – me contestó –.La razón principal es que ella no quería ser desplazada por el bebé; es decir, quería que todas mis atenciones fueran para ella.

–Un poco egoísta, ¿no cree? – le contesté.

–Por eso terminamos. Yo ya estoy lista para tener un hijo; criarlo y educarlo.

–Me parece muy bien. Pero, ¿ella se fue porque quiso o usted le dijo que quería su espacio?

–¡Victoria!

–Sí – contesté.

Me miró fijamente y dijo:

– Tengo dos meses y medio de embarazo, es por eso que ella se fue.

Hubo un instante de silencio obligatorio. No sabía qué pensar y mucho menos qué decir.

–Con razón me vuelve loca su olor...es el embarazo – dije.

–Sea seria

¡Es en serio! – le contesté.

¿Sabe qué?

–¿Qué?

–Va a ser una niña, y si se parece a usted va a ser una bebe hermosa.

–¿No le importa lo de mi embarazo?

–Por supuesto que no. Es lo mejor que le puede pasar a usted; por favor no se preocupe por nada; disfrute el embarazo, no se vaya a engordar mucho.

–Gracias por su apoyo.

–¿Cómo que gracias? Me debe un beso.

Esa noche sentí una gran ternura por Kate y era por lo de su embarazo, porque para mí es tan importante la familia, que deseaba poder formar parte de esta...

A la mañana siguiente, nos despertamos realmente tarde. La noche fue realmente excitante y cansada a la vez.

Kate se levantó y me obligó a levantarme también.

–Vamos a cocinar.

–¡¿Vamos?! Yo solo puedo dar apoyo moral.

–Está bien, pero acompáñeme a la cocina.

–OK.

Almorzamos, nos dedicamos toda la tarde a platicar y hacer el amor.

–¿Se va a comunicar conmigo? – pregunté con una cara de tristeza
–. Espero que esto no haya sido un “acostón de fin de semana”.

–Mire Victoria, usted sabe que la distancia en estas circunstancias obliga a no tener esperanzas en mantener una relación. No es que lo vea como un “acostón”, pero hay que ser realistas; somos de diferentes ambientes y las dos necesitamos a alguien cerca. Yo tengo al bebé y usted debe buscar a alguien.

–Tiene razón. Pero prometamos que sí vamos a tener comunicación vía teléfono o internet.

–Eso sí se lo prometo.

A la mañana siguiente tenía que tomar el vuelo de regreso. Kate me fue a dejar a la casa de Careen.

–Cúidese mucho y no olvide cuidar a la bebé – le dije al despedirnos.

–¿Qué seguridad tiene usted de que es niña?

– Es porque yo sé el secreto.

–¿Cuál es?

–Se lo digo cuando nazca. Es una promesa.

–Cúidese, usted también.

Como no había pasado mucho tiempo con Careen, estuvimos despiertas toda la noche arreglando las maletas y contándonos nuestras cosas.

El volver a mi casa, a mi espacio, a mis obligaciones, mi mundo real fue algo difícil de asimilar. Los primeros días en la oficina fueron un caos; no podía mantenerme consciente en mis obligaciones. Por un lado el cansancio físico y por el otro Kate era lo único en mi mente.

Cuando estaba en la oficina, aprovechaba para mandarle e-mails a ella y contestar los que había recibido.

La primera semana la llamé por lo menos doce veces, solo para decirle que la extrañaba y preguntarle por el embarazo.

Por el trabajo tuve que salir al campo por algunas semanas y el celular no tenía señal, lo que valió que nuestra comunicación disminuyera en ese tiempo.

Al volver a la oficina, revisé mi correspondencia y encontré los siguientes versos:

TENGO UNA ILUSIÓN
QUE DUERME ENTRE MIS SÁBANAS
QUE SE ACUESTA CONMIGO
Y DESPIERTA EN MI ALMA
QUE SE LAVA LA CARA CON GOTITAS DEL ALBA

TENGO UNA ILUSIÓN
QUE SE HA HECHO DUEÑA
DE LOS DESENFRENADOS LATIDOS DEL CORAZÓN
COMO MARIPOSA SE POSA EN MIS PECHOS
Y ENTRE SUS ALAS
ME HACE EL AMOR

TENGO UNA ILUSIÓN
QUE SE PIERDE EN SU MUNDO
Y SE ENCUENTRA EN EL MÍO
A QUIEN SUEÑO DESPIERTA
Y QUE VIVO DORMIDA.

Con amor, Kate

No puedo explicar en palabras lo que sentí al leer ese poema. Me sentí profundamente unida a Kate; no era posible que no tuviéramos una relación por no estar cerca. Sabía cuándo tenía que visitar al médico y como había salido el electro cuando; cómo le gustaba tomar el café y ella sabía cómo construir un puente en teoría. Prometimos no sentirnos involucradas en una relación, pero cada una siguió involucrada en la vida de la otra. Fue como celebrar una ceremonia de compromiso.

Llegué al apartamento y lo primero que hice fue llamarla por teléfono.

–¡Hello!

–¡Hola! – contesté.

–¡Victoria! ¿Cómo le fue en su viaje?

–Muy bien, extrañándola a morir. ¿Y la bebé? – pregunté.

- Las dos estamos muy bien, gracias.
- Kate, quiero decirle algo muy importante para mí.
- ¿Qué es?
- ¿Recuerda cuando dijimos que cada una tenía que seguir su vida?
- Claro que lo recuerdo.
- Bueno es que tengo...
- ¡Está bien! – interrumpió Kate–. Si ya tiene alguien especial en su vida es el momento que nos dejemos de comunicar tanto.
- No, no es eso.
- ¿Entonces?
- Kate, ¡la amo!
- ¡Es una realidad! Usted forma parte de mi vida; todas las noches hago el amor con usted, no hago espacio en mi vida para nadie más.
- Lo siento. No lo pude evitar.
- No se disculpe. No fue su culpa el enamorarse, yo no le di espacio. Pensé que podía contar con usted para todo como una pareja.
- Entonces que dice Kate, ¿quiere ser mi pareja?
- Victoria, la deseo con todo mi corazón, pero, ¿qué vamos a hacer tan lejos?
- Bueno, por el momento seguiré siendo fiel y luego veremos.

La amo.

–Yo también la amo Victoria.

Toda la semana seguí pensando en mi relación con Kate. Muchas personas se casan por correspondencia y no se conocen y muchos otros más se van a trabajar y vuelven tiempo después.

Sorprendí a Kate con un poema...

PIENSO EN TI

CUANDO CAE LA NOCHE

CUANDO DESPIERTA EL DÍA

CUANDO ME APARTO DEL MUNDO

CUANDO REGRESO A LA VIDA

*CUANDO EL AVE VUELA
CUANDO REGRESA A SU NIDO
CUANDO EN MIS NOCHES DE INSOMNIO
MI LENGUA ACARICIA TU BOCA
Y LUEGO BAJA A TU OMBLIGO*

*PIENSO EN TI
CUANDO EL TIEMPO APURA
CUANDO DETIENE SU MARCHA
CUANDO EL CORAZÓN PALPITA VIOLENTO
CUANDO SE QUEDA EN PLENA CALMA
CUANDO MI CUERPO TE BUSCA
Y NO TE ENCUENTRA EN MI CAMA.*

CAPÍTULO V

Era comienzos de abril. Solo faltaban algunos días para que Kate diera a luz. Nuestra comunicación en los últimos días había mejorado considerablemente, por lo nerviosa que yo estaba; la palabra puede ser “emocionada”.

Definitivamente estaba enamorada de ella. En mi mente y mi corazón solo estaba el deseo de formar una familia; la inspiración llegó a mí y escribí un verso para ella.

*ME FALTAS TÚ
DIBUJO LA SOMBRA DE TU CUERPO
ME ENTREGO AL SILENCIO
REVIVO EL ÚLTIMO DÍA EN TU APARTAMENTO
REPASO EN MI BOCA TUS BESOS
CAPTURO TU MIRADA AL HACER EL AMOR
ASPIRO TU ALIENTO*

*BAÑO MI CUERPO EN TU SUDOR
RECORRO TU CUERPO CON MIS MANOS Y LENGUA
APRISIONO TUS PECHOS CON MI BOCA ANSIOSA
ALBOROTO TU PELO
LLENO MI ESPACIO CON TU RECUERDO
COMPARTO MI ALIENTO CON EL TUYO
BUSCO TUS ANSIAS EN MI SENO HAMBRIENTO
VUÉLVOME COPA PARA TU VINO.*

Decidí sacar permiso en la oficina por cuatro días y preparé un viaje sorpresa a Miami. Las preguntas de siempre: ¿Se adelantará a la fecha?, ¿se mantendrá constante o se retrasará?

Llamé a la agencia de viajes para reservar tres días seguidos, desde el 8 hasta el 10 de abril.

El 6 de abril a las 8:00 p.m., Kate me llamó diciendo que ya era hora. El bebé se adelantó y mis planes eran para dos días después.

–¡Cuídense! – le dije.

No olvide que la amo.

–Yo también la amo – me contestó.

–Por favor haga lo imposible porque me avisen.

Suerte y saludos al bebé.

Esa noche no pude dormir. Revisé mi correo electrónico y había un mensaje:

“Fue niña. Las dos están bien. Estarán en la casa mañana por la tarde”.

La alegría me envolvió. ¡Me sentía mamá! Y como lo había pronosticado, fue niña.

Confirmé mi viaje. Solo llevaba un maletín de mano – para no perder el tiempo –, y regalos para las dos mujeres de mi vida.

Para variar, tuve que pedirle a Sandra que me llevara al aeropuerto y madrugar. Pero ese día lo menos que tuve fue sueño.

Arribé al aeropuerto de Miami y los de migración me preguntaron por qué no llevaba equipaje; tuve que explicar que solo iba por cuatro días y no me iba a quedar de mojada.

Salí del aeropuerto, cogí un taxi rumbo a Hialeah. Al entrar al edificio, el corazón no cabía en mí; el hecho de que Kate era madre me contagió de una manera increíble.

Toqué la puerta del apartamento, y fue una sorpresa – por no decir una desagradable sorpresa –, que Fanny – la ex pareja de Kate – abriera la puerta. Estaba en pantalones cortos, casi en paños menores.

¡Hola! – le dije.

¿Se encuentra Kate?

–Sí, está en el cuarto con la bebé.

–¿Puedo pasar?

–Claro.

Al momento de ir hacia el cuarto, todo el mundo se me vino encima. Ni ella preguntó quién era yo, ni yo me identifiqué. Ahora me dolía el pecho.

Llegué a la puerta del cuarto y dije:

– ¡Sorpresa!

Kate con una cara de susto y de alegría preguntó:

– ¿Qué hace aquí?

–Vengo a darle la bienvenida al mundo a la bebé.

Besé a Kate en la boca y le dije:

– ¡Felicidades, amor!

La bebé – igual a todos los bebés del mundo a los días de nacida –, era hermosa, vista con ojos de madre.

En ese momento Fanny ya vestida, tocó a la puerta y dijo:

– Voy a salir. Ustedes tienen mucho de qué hablar.

Al salir, le pregunté a Kate:

– ¿Ella la está acompañando por lo de la bebé?

–Sí y no. Ella volvió desde hace un mes.

–¿Comparte apartamento o vive con usted? – pregunté.

No quería escuchar la respuesta. En ese momento hasta ganas de llorar me dieron.

–Volvimos como pareja – contestó.

Ese fue el momento más doloroso de mi vida.

–¿Por qué? ¿Por qué no me lo dijo antes?

–Ella volvió y dijo que me amaba. Fueron cuatro años y medio de convivir juntas.

–Pero al momento que usted decidió tener a la bebé, se dio vuelta como típico macho, que no quiere ver a la mujer embarazada.

Ahora es el mejor momento de regresar. Ella es muy cómoda y usted es muy fácil – le dije.

–Usted no está conmigo, y yo necesito una relación estable.

–Cuando decidió tener a la niña, decidió qué relación quería tener – le contesté.

En ese momento, ella comenzó a llorar. Yo no pude contener el llanto.

–Yo la amo y amo a la bebé – entre sollozos le dije.

–¡Lo sé! Yo también la amo, pero no podemos estar juntas.

Saqué los regalos de ella y la niña; los dejé sobre la cama y salí del apartamento.

En la calle lo único que se me ocurrió fue pedir un taxi que me llevara al aeropuerto. Llegué al mostrador de la línea aérea en la que había viajado y me pusieron en lista de espera para el siguiente día. Le dije a la recepcionista que iba a quedarme en el aeropuerto hasta el día siguiente.

Eran las cuatro de la tarde. Estaba sola y dolida en el Aeropuerto Internacional de Miami, esperando que la noche pasara.

En ese momento, recordé mi infancia cuando hacía vela en la iglesia de mi pueblo, o cuando tenía que cuidar a algún familiar en el hospital toda la noche.

Pasé la noche en las cafeterías y el baño del aeropuerto. A la mañana siguiente en cuanto abrieron la línea aérea confirmé y ya tenía cupo.

Como tenía permiso por cuatro días pensé en estar sola todo ese tiempo.

Al llegar a la casa desconecté el teléfono, me bañé, comí y me tomé una pastilla para dormir.

Ya han pasado dos meses desde que Kate rompió conmigo; no he vuelto a saber de ella ni de la bebé, aunque mi corazón no deja de estar con ella.

Recordé que no tuve ocasión para decirle el secreto del embarazo.

Escribí un último poema para acallar mi dolor.

LETANÍA

QUÉ ES ESTA LETANÍA

QUE APRISIONA AL ALMA

QUE ES TAN INCOMPENSIBLE

SOLEDAD QUE ME EMBARGA

YA NO ENCUENTRO CONSUELO EN EL SOL

Y ENTRE MÁS TE PIENSO

MÁS TE AÑORA EL CORAZÓN

YA NO EXISTE EN LA MENTE

LUGAR PARA NADA MÁS

MÁS TE PIENSO Y MÁS SE ADUEÑA

DE MI ALMA LA ILUSIÓN

YA NO HAY RINCÓN PROHIBIDO

QUE SE EXPLORE MI PASIÓN

SOLO HUELLAS EN TU ALMOHADA

Y UNA DULCE CANCIÓN

ES MILANÉS QUE AHORA CANTA

Y QUE EMBRIAGA MI RAZÓN

DONDE ESTÁS PEQUEÑA MÍA

NO PROVOQUES MI DOLOR

CONÉCTATE A MIS RECUERDOS

MIENTRAS EN SUEÑOS ETERNALES

TE HAGO TIERNAMENTE EL AMOR.

Mi vida sigue igual. Sigo reconstruyendo puentes tanto internos como de concreto.

Fin



Astraea
LESBIAN FOUNDATION
FOR JUSTICE


Castrachas